589

EL TEATRO.

COLECCION
DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.
1863.

16

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Artículo por artículo.

Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico.*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Cómo se empeña un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas.
Contrastes.
Catilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirihaque.
¡Es una malva
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Médicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los amantes de Chinchon
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos español
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Lóndres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bra
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio..
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exotica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (ale
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exotica.

Llueven hijos.

Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO.

Digitized by the Internet Archive
in 2013

http://archive.org/details/elamoryelamorpro29016larr

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON JOSÉ MARIA DE LARREA.

Representada en el teatro del Príncipe la noche del 15 de Diciembre de 1862.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.
1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
LA DUQUESA.....	Doña Adelaida Alvarez.
CECILIA.....	Doña Rosa Tenorio.
DOÑA DAMIANA.....	Doña N.
ENRIQUE.....	D. Manuel Catalina.
EL CONDE.....	D. Juan Catalina.
NARCISO.....	D. Mariano Fernandez.
AMBROSIO.....	D. Ramon Guzman.
CABALLEROS 1.º, 2.º y 3.º	

La accion pasa en Madrid.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los paises con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Galeria dramática y lírica titulada El Teatro, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Á S. M. LA REINA.

Señora:

En medio del dolor producido en mi alma por la prematura muerte de mi buen esposo, V. M. se ha dignado tender una mano generosa á una familia desolada. No tengo otro medio de manifestar á V. M. la inmensa gratitud de que mi corazon se halla poseido, sino el dedicarle en nombre de mis tiernas hijas esta produccion, último fruto de la inteligencia de un escritor modesto, de un esposo honrado y de un excelente padre. Dígnese V. M. admitirla como un tributo de nuestro eterno agradecimiento, llevado á los R. P. de V. M. por una pobre madre que pide á Dios conserve la preciosa vida de la mejor de las Reinas, para bien de la monarquía y alivio de la desgracia.

SEÑORA:
Á L. R. P. de V. M.

Paula Ors, viuda de Larrea.

669431

ACTO PRIMERO.

Sala de una fonda. En el foro la puerta de entrada: á la izquierda del actor, en primer término, el cuarto de Doña Damiana: en segundo el de Enrique: balcon á la derecha. Cuadros, caballetes, etc.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, ENRIQUE, DOÑA DAMIANA.

Enrique aparece retratando á Cecilia en un lienzo de medio cuerpo; Doña Damiana haciendo labor al otro extremo del teatro.

ENR. Este contorno mas suave,
mas lánguida esta mirada,
la boca no tan cerrada...
¡Oh! déjeme usted que acabe,
no se mueva usted...

CECILIA. ¿Asi?

ENR. Mas de frente el rostro bello,
que tenga luz el cabello,
los ojos... fijos en mí.
Ya está. ¡Semejanza fiel!

CECILIA. ¿Soy tan bella?... ¡Adulador!

ENR. Corto se queda el pintor,
que á mas no alcanza el pincel.

DAM. ¿Qué es eso?

CECILIA. Nada, mamá.
DAM. Cuidadito.
ENR. (¡Me encocora!)
Dispénseme usted, señora:
supuesto que usted me dá
de su hija bella la mano,
no sé qué de extraño advierte...
DAM. No tiene usted mala suerte
si á otorgársela me allano.
Cierto que rica no soy;
mas de gentes principales
desciendo: en buenos pañales
me criaron...
ENR. Ya, ya estoy...
DAM. ¡Y tengo mi ejecutoria
en pergamino, pardiez!
ENR. (Por la vigésima vez
me vá á relatar su historia.)
DAM. Y á no faltar mi difunto,
que en esta guerra pasada
murió de una cuchillada,
¡ay! cuando estaban á punto
de nombrarle...
ENR. ¿General?
DAM. Teniente de Provinciales.
En el sitio de Ramales
murió. ¡Destino fatal!
¡Que al ir á ascender muriera,
y sirvió treinta años, pienso!
ENR. Merecido era el ascenso.
(¡Si no muere, hace carrera!)
DAN. No me quedó viudedad...
ENR. ¡Ya!
DAM. Mas quedóme la niña,
y alguna hacienda, una viña,
y, aunque yerma, una heredad.
Mi hermano el beneficiado,
aunque con fortuna escasa,
asilo nos dió en su casa,
donde á Cecilia he criado.
Pero murió hace tres meses,
y fué preciso partir

decididas á sufrir
de la suerte los reveses.

ENR. Y ya en Madrid, ¡pobrecillas!
(Con emocion.)
¿qué hacer si aqui son las gentes?...

DAM. Es que tengo aqui parientes,
(Con altaneria.)
¡parientes de campanillas!
Soy sobrina del hermano
del primo de la cuñada
de una dama encopetada
á quien en buscar me afano.
Ademas, de mi marido
hay aqui primos carnales,
magistrados, oficiales...

ENR. Y son...

DAM. Nunca lo he sabido;
mas yo espero que algun dia...

ENR. ¿Buscar parientes? ¡Mal año!
Á veces hace un extraño
lo que un pariente no haria.
Sea usted rica y en confusa
tropa vendrán diligentes;
pero pobres, no hay parientes,
los pobres son de la Inclusa.

DAM. Pues yo aun no desconfio
que me han de reconocer,
y no quiero descender
nunca del decoro mio.
Por eso, aunque tan impia
se muestra mi suerte avara,
en esta fonda tan cara
permanezco todavia.
El pobre caudal que traje
de este gasto se resiente;
mas no es para mí decente
una casa de hospedaje.

ENR. Y yo bendigo esa estrella
qu guió á ustedes aqui,
pues á su influjo debí
el ver á Cecilia bella.
Tambien yo á Madrid llegaba,

á Madrid no conocia,
y en esta fonda vivia,
aunque mudarme pensaba:
llegaron ustedes y...
ya en mudarme no pensé,
que ví á Cecilia y la amé.
Y pues de usted conseguí
su mano...

DAM. Cierto... (¡Oh mancilla!
¡Un pintor!) Mas yo me estoy
hablando y tengo que ir hoy...
¡Ea! Ponte la mantilla. (Á Cecilia.)
(Mientras doña Damiana saca de su cuarto las mantillas y se pone la suya al espejo, hablan aparte Cecilia y Enrique.)

ENR. ¡Qué dulce será vivir
amándonos de este modo!

CECILIA. Creo en tu amor, y con todo
temo, Enrique, el porvenir.
No sé qué nube sombria
sobre nosotros avanza,
que ya el sol de mi esperanza
no luce como lucia.

ENR. ¡Oh, Cecilia! ¿qué aprension?...

CECILIA. No sé, explicármelo intento...
Es solo un presentimiento
nacido en mi corazon.

ENR. ¿Y asi la atencion te llama
una quimera?

CECILIA. ¡Quién sabe!
¿Nunca has visto, Enrique, el ave
que canta en la verde rama
cuando aun la serenidad
de los cielos nada altera,
tender las alas ligera
huyendo la tempestad?
Brilla el sol con mil reflejos
y un soplo la flor no agita;
pero su instinto la grita
que el huracan no está lejos.
Asi en medio de la calma
se suele á veces llorar,

viendo venir el pesar
con el instinto del alma.

DAM. Ea, vamos á salir.
(Que ha concluido de arreglarse.)
Niña, niña.

CECILIA. Voy, mamá.

DAM. Á ver si razon nos dá
doña Juana.

ENR. (Has de venir
á parar á Leganés.)
¿Volverás pronto? (Á Cecilia en voz baja.)

CECILIA. (Lo mismo.) Al momento.
¡Separarme hoy de tí siento!

DAM. Hasta luego.

ENR. Hasta despues.

ESCENA II.

ENRIQUE, despues AMBROSIO.

ENR. ¡Es un ángel!... Mas la madre
no me considera digno
de su hija... ¡Ya se vé!
no soy noble, no soy rico!
Sus indirectas me hieren
sin cesar... ¡Cruel destino!
¡Que han de valer mas que el hombre
el oro y los pergaminos!
Si oyera lo que me dicta
mi amor propio...

AMB. (Entrando.) Señorito.

ENR. ¿Qué quiere usted?

AMB. Un recado...
¡Qué cabeza de chorlito!
Ya olvidaba... y vá á venir.

ENR. ¿Quién?

AMB. Sabe usted que le he dicho
que la señora Duquesa
de enfrente, de quien yo aspiro
á ser lacayo...

ENR. Ya sé...

AMB. Me llamó ayer y me dijo:

«Ambrosio, ¿quién es un jóven
que en ese balcon he visto
de estas señas?—Yo repuse:
señora, es el señorito
don Enrique.—¿Y qué es?—Pintor.
—Qué pinta?—Pinturas.—Digo
si hace retratos.—Si hace.
Pintando está uno magnífico
de otra huéspeda.—¿Bonita?
—Mejorando... como un lirio.
—Pues pinta retratos, dile
si quiere pintar el mio.»
Usted me dijo que si.

ENR. Claro es: al arte que sigo
solo este recurso ofrece
ya la vanidad del siglo;
los retratos. ¿Hay ya quidam
alto, bajo, grande, chico,
que no dé su *coram vobis*
al óleo, al daguerreotipo,
en fotografia, etcétera?
Ser retratista es preciso,
que es mal siglo para el arte
el siglo en que yo he nacido,
y á vivir hoy el Tiziano,
no encontrara un Cárlos Quinto.

AMB. Pues, y llevé la respuesta
á la Duquesa, y me dijo
que hoy vendria á retratarse.

ENR. ¿Hoy?

AMB. Pues.

ENR. ¡Y no me he vestido!
Pobre estudio vá á encontrar.

AMB. ¿Tambien es vanidosillo?
No se enfade usted... Le aprecio
y... Pero yo no concibo...
¿Qué buscará la señora?
Que esté el cuadro parecido
con un poco de favor,
como es costumbre. El vestido
del pintor ni las paredes
¿qué le importan?

ENR. Es preciso.
AMB. ¡Vanidad, orgullo, yo
no entiendo de esos estilos,
y no gasto fantasia,
llevando el delantal limpio...
Y aqui donde usted me vé
de esta bataola me rio
que todas traen por ser mas
ó parecerlo.
ENR. Te envidio
si te avienes con tu suerte.
AMB. Yo siempre estuve avenido.
Quisiera, si, colocarme
de la Duquesa al servicio...
(Suena dentro nna campanilla.)
Llaman... Allá voy... Pues, dále...
Es el del número cinco...
Por esto aborrezco ser
mozo de fonda... ¡Qué oficio!
Diera por ser algo mas...
ENR. Pues no dices que avenido...
AMB. ¡Oh! todo estriba en estar
satisfecho de sí mismo.
Voy allá... (Váse corriendo.)

ESCENA III.

ENRIQUE.

ENR. Tiene razon.
Si vivo de mi trabajo,
si me caso con Cecilia
¿por qué he de ser desgraciado?
Mas yo he venido á la córte
en pos de ensueños que en vano
quiero lanzar de la mente,
donde alegres se anidaron.
Si: la gloria, la fortuna,
las distinciones, el fausto...
Alzar altivo la frente
al par del mas elevado...
¡Locura! Desconocido

aun y pobre me caso:
limitaré mi ambicion
á ser pintor de retratos.
¡Loco pensamiento mio,
tiendes las alas en vano,
atado estás á tu jaula,
no puedes volar muy alto!
Á ser mas rico volaras,
que, en la edad que atravesamos,
Ícaro con alas de oro
al sol hubiera llegado.
(Mirando por el balcon, al que se ha proximado mientras decia los versos anteriores.)
Allí viene la Duquesa:
ya su carruaje ha parado
á mi puerta... ¿Quién será
aquel que la dá la mano?
Coloco aqui el caballete,
paleta y pincel preparo...
Loco pensamiento mio,
deja tus sueños un rato.

ESCENA IV.

La DUQUESA, NARCISO, ENRIQUE.

NARC. ¡Prima, qué rara mania!
¿Pues para hacer tu retrato
no pudieras escoger
un pintor mas afamado?
DUQ. Es un capricho.
ENR. Señora... (Saludando.)
NARC. (¡Uf!... Qué aire tan... provinciano!)
DUQ. ¿Vá usted, pues, á retratarme? (Á Enrique.)
ENR. Ya sus órdenes aguardo.
NARC. Si; retrátela usted bien,
que como me agrade el cuadro,
tal vez yo... Prima, ¿te gusta
mi pantalon? Este diablo
de sastre... (Mirándose al espejo.)
Mal me ha peinado
Sisi; á Pelaez me vuelvo.

Hoy tiene mi traje algo
que... (Se arregla al espejo.)

DUQ. ¡Bella fisonomía!
(Mirando el retrato de Cecilia.)
Si el pincel no ha exagerado...
Es un cuadro de capricho?

ENR. No, señora: es un retrato.

DUQ. Como el traje es tan modesto,
y personas de ese estado
no suelen mandarse hacer
retratos de ese tamaño...
¿Alguna pobre muchacha?...

ENR. Pobre... pues...

DUQ. ¿Cuándo empezamos?

ENR. Cuando usted guste. (Poniéndola una silla.)

NARC. ¡Ya di
con ello!... Este pico un canto
de real mas largo que este otro
está... (Á la Duquesa.)

DUQ. (¡Necio!)

ENR. (¡Mentecato!)

NARC. Voy á mudarme al momento
de camisa: de aqui á un rato
volveré á buscarte.

DUQ. Bien.

NARC. Aunque hoy estoy mal peinado,
(Echando la última ojeada al espejo.)
mozo como yo en Madrid
no le hallarán ni pintado! (Váse.)

ESCENA V.

La DUQUESA, ENRIQUE.

ENR. Cuando usted quiera...

DUQ. Primero...
Digame usted, ¿he acertado
en elegir este traje?

ENR. Es muy lindo.

DUQ. Le he estrenado
anoche mismo en el *raout*
de la marquesa del Álamo.

Es la mejor reunion
de la córte. ¿Usted no ha estado
nunca?

ENR. ¡No, señora, nunca!

DUQ. Allí se reune cuanto
hay de selecto en Madrid.
Allí el alto funcionario,
el consejero, el ministro
van á olvidar por un rato
las fatigas que les causan
los deberes de su estado.
Se ven allí generales,
escritores, diputados,
pintores, músicos, nobles,
y de encarecerlo acabo
si digo que no hay hermosa
de cuantas son en el Prado
tipo de elegancia y gusto
que allí no ostente su garbo.

ENR. ¡Oh! ¡qué bello será!... En medio
del ambiente perfumado,
al resplandor de mil luces,
á los ecos del piano,
la amistad será mas dulce,
el amor será mas grato,
y la vida irá risueña
como un soplo resbalando!

DUQ. Bien esos goces comprende
usted.

ENR. En deseos ardo
de obtenerlos, sin mirar
que son mis deseos vanos.
¡Soy una planta nacida
en la falda de un peñasco;
jamás un rayo de sol
bañará mi pobre tallo!

DUQ. ¿Por qué no, si el sol extiende
á todas partes sus rayos?

ENR. ¡Cuando el sol llegue á la planta,
tal vez esté ya en su ocaso!

DUQ. Si es porque se halla escondida,
no ha de faltar una mano

que de la peña la arranque,
para elevarla tan alto,
que en la luz de la esperanza
bañe su cáliz preciado,
y el aura de la fortuna
meza risueña su tallo.

ENR. ¿Quién ha de haber que se ocupe...

DUQ. Si el verde lirio del prado
á una mujer agradase...
(Mucho quizá me he explicado.)
Digo esto porque á las flores
las mujeres siempre amaron.

ENR. (No sé en verdad qué presuma:
al hablarme se ha turbado.)
Señora, perdone usted...
Empecemos el retrato...
Yo soy un loco, y tal vez
con mis necedades, canso
su atencion.

DUQ. ¡Oh! No por cierto;
me interesa ese entusiasmo.
Usted llegará á ser mucho.

ENR. ¡Oh! no me atrevo á esperarlo.

DUQ. Tiene usted talento: el genio,
ó mas tarde ó mas temprano,
para subir donde quiere
vence todos los obstáculos.

ENR. Es áspera la subida,
y el que sube abandonado
á sí propio, á cada instante
vá cayendo y levantando.

DUQ. Mas se sube fácilmente
si de arriba dan la mano.

ENR. ¿Quién ha de dármela á mí?

DUQ. Quizá ya se la esten dando.

ENR. No entiendo...

DUQ. ¿No puso usted
en la exposicion un cuadro?

ENR. Si, señora; original.
Gustó á los aficionados,
y de él en la gacetilla
los periódicos hablaron.

Cifraba en él mi esperanza.
Acudí á esos potentados
que derraman el dinero
y á comprarle se negaron.
Ahora le voy á vender
á un restaurador de cuadros,
que le pondrá en almoneda,
y me pagará en tres plazos
aun menos de lo que en lienzo
y en colores he gastado.

DUQ. Yo tengo otro comprador.

ENR. ¿Otro?

DUQ. Si tal. De él hablaron
al conde de Santa Fé,
que es hoy ministro de Estado.
Él, para su galeria,
quiere comprarle, premiando
al mismo tiempo al pintor.

ENR. ¿Y quién al ministro ha hablado?

DUQ. Yo misma.

ENR. Tanto favor...

DUQ. Despues de hacer mi retrato
hará usted el de otros muchos
personajes elevados,
y será el pintor de moda
de la fortuna mimado.
¿Temerá la planta aun
que el sol no alumbre su tallo?

ENR. ¿Con qué podré yo pagar?...

DUQ. Con dejar este retrato
(Señalando el de Cecilia.)
y no ocuparse mas de él,
Enrique, que estos trabajos,
aunque agradan á la vista,
ni dan fortuna ni lauros.
No ha de vivir el artista
sino en el arte preclaro.

ENR. El amor anima el arte.

DUQ. Pues si ama, ponga mas alto
su pensamiento.

ENR. (Intencion
tienen sus palabras.)

DUQ. (¡Vamos!...
Ya basta! Porvenir tiene,
tiene genio y es bizarro;
me deberá su fortuna
y será!... será mi esclavo.)
Para retratarme ya
es hoy muy tarde: me marcho.
¿Vá usted esta noche al baile
del Teatro Real?

ENR. Acaso...

DUQ. Vaya usté... (Con intencion.)
(¡Amor ó capricho,
ya estás casi realizado!)

ENR. (Loco pensamiento mio,
ya puedes volar mas alto!)
(Ap. mientras acompaña á la Duquesa hasta la puerta.)

ESCENA VI.

ENRIQUE, despues el CONDE.

ENR. ¿Estoy despierto ó dormido?
Ese interés, sus miradas,
sus palabras embozadas,
que á su pesar la han vendido...
Porvenir deslumbrador
que soñó mi fantasia,
á tí esta mujer me guia...
¿Pero, y Cecilia?... ¿Y mi amor?

CONDE. Dice el mozo que no estan, (Entrando.)
pero que tardarán poco...

ENR. ¿Quién... Pero ó yo me equivoco
ó... (Mirando al Conde.)

CONDE. ¡Esa cara... Enrique!

ENR. ¡Juan!
¡Qué encuentro!

CONDE. Si; es muy sencillo...
(¡Maldito!) Casualidad...
Y es ya antigua la amistad.

ENR. Lo creo; yo era un chiquillo.

CONDE. Y yo...

ENR. Tú ya andabas solo.
Mas calla. (Mirándole.)
CONDE. ¿En qué te devanas
los sesos?
ENR. ¿Y aquellas canas?...
¡Eres rubio como Apolo!
CONDE. No soy viejo, me parece:
pocos años nos llevamos.
ENR. ¿Pocos?
CONDE. Bueno; no riñamos...
Aunque sean doce ó trece...
ENR. ¡Y treinta y cinco tambien!
Pues, por vida de mi abuela!
si casi iba yo á la escuela
cuando...
CONDE. Si, recuerdo bien.
ENR. Cuando á un asunto á mi casa
llegaste...
CONDE. Y simpatizamos,
y al punto nos tuteamos.
ENR. Te empeñaste.
CONDE. Todo pasa
entre chicos.
ENR. (¡Qué mania!
asi su vejez engaña.)
CONDE. Mas verte en Madrid me extraña.
ENR. En mi pueblo me aburria.
La suerte quise probar...
Y tú... ¿Qué tal posicion...
CONDE. ¡Oh! ¡Yo tuve un fortunon!
He llegado á titular.
Soy conde.
ENR. ¡Absorto me dejas!
Juan Sintejas fué tu nombre...
CONDE. Por eso soy, no te asombre,
Conde de Casa-Sintejas.
ENR. Y ¿cómo fué?...
CONDE. Muy sencillo:
un primo que se murió
y su caudal me dejó.
Me ví rico, ansiaba el brillo,
el fausto y las distinciones,

y, derramando el dinero,
me ennoblecí.

ENR. (¡Majadero!)
¿Á costa de tus doblones?

CONDE. Pues. Tengo mi ejecutoria...

ENR. ¿Ejecutoria? Alto ahí;
á otro con esa, no á mí.
¿Crees que no tengo memoria?
Tu padre Pedro Sintejas
en Arganda fué hortelano,
y Sisebuto tu hermano
era arriero en Canillejas,
tu madre, la tia Liboria,
hija fué de un mesonero...
¿de dónde, dí, trapacero,
te viene la ejecutoria!

CONDE. La compré en una almoneda
con otros muebles usados,
á unos nobles arruinados.
Era el nombre Cereceda;
como á madre por tener
rojos el rostro y cabeza
llamaban la tia Cereza,
dije yo: no hay mas que ver,
de cereza no vá mucho
á Cereceda.

ENR. ¡Hay tal cosa!
¡La analogia es graciosa!

CONDE. Pagué bien el papelucho.

ENR. ¿Pero tienes posesiones
anejas á tu condado?

CONDE. Tengo junto á Valmojado
yermos algunos terrones;
dos casas que por lo viejas
con mi título se avienen,
pues lo mejor que en sí tienen
es estar las dos sin tejas;
y, si no hubiera gorriones,
un campo tengo en simiente,
que es una tierra excelente
para sembrar cañamones.

ENR. ¿Y dinero?

CONDE. Asi, asi.
Gasté mucho en titular,
quise despues figurar
como hacen todos aqui.
Cien amigos convidaba,
yo pagaba, ellos comian...
Hombre, y todos me querian..
ENR. ¡Ya!
CONDE. Esto importancia me daba;
mas al cabo me arruiné.
ENR. Y perdida tu riqueza
¿qué te queda?
CONDE. La nobleza.
ENR. ¡Bella posicion á fé!
Hombre, en esa aprension vana
con que tu orgullo encareces,
vive Dios, que te pareces...
CONDE. ¿Á quién?
ENR. Á doña Damiana.
CONDE. (La misma por Belcebú.)
¿Una vieja pizpireta?...
ENR. Los cascos á la gineta
tiene lo mismo que tú.
Soñando todos los dias
con algun pariente dar...
CONDE. ¿Y ha hallado ya...
ENR. ¿Qué ha de hallar!
Pero aun aguarda al Mesias.
CONDE. (Los datos que he recogido
convienen... Si yo pudiera...)
¿Di, su marido quién era?
ENR. Un cierto don Juan Pulido,
militar...
CONDE. ¿Murió?
ENR. En campaña.
CONDE. ¿La hija se llama Cecilia?
ENR. ¿Conoces á esa familia?
CONDE. La conozco.
ENR. ¿Sí?
CONDE. ¿Te extrañas?
ENR. Nada, sí...
DAM. (Dentro.) Alabado sea...

ENR. Mas ya la siento llegar...
CONDE. Di, ¿me quieres presentar?
ENR. ¿No dices...
CONDE. (Feliz idea.
Me fingiré su pariente,
y entonces... entonces ella
me dará á Cecilia bella.)
ENR. (Se me figura que miente.)

ESCENA VII.

DOÑA DAMIANA, CECILIA, DICHOS.

DAM. ¡Otra pesquisa infructuosa!
CECILIA. Claro está: si usted se empeña,
mamá, en que han de conocer
todos nuestra parentela.
CONDE. Señoras...
DAM. ¡Tengo un humor!
CONDE. Señoras...
ENR. (Hoy la marea
viene muy alta.)
CONDE. Señoras...
(Desde que han entrado Doña Damiana y Cecilia, el Conde no ha dejado de saludarlas. Doña Damiana, ocupada en quitarse la mantilla, no ha reparado en él: el Conde se aproxima cada vez mas, hasta que al volverse Doña Damiana se tropiezan fuertemente.)
DAM. ¡Ay!
CONDE. ¡Ay!
ENR. (¡Ahora vá á ser ella!)
DAM. ¿Es usted ciego? ¿No vé?
CONDE. Señora, es que...
DAM. ¡Qué torpeza!
CONDE. Saludaba...
DAM. ¡Y de qué modo!
Pero usted será un cualquiera...
ENR. (Voy á reirme.) Es don Juan,
Conde de Casa-Sintejas.
DAM. Un Conde... (Con mas afabilidad.)
CECILIA. (¡Rara figura!) (Se pone á hacer labor.)
CONDE. Conde, por mar y por tierra.
ENR. (Ya le vé con otros ojos.)

CONDE. Esta señora, es siquiera
doña Damiana Estremoz
Extremada y Extremera,
viuda de don Juan Pulido,
militar muerto en la guerra?

DAM. La misma. ¿Conoció usted
á mi Juan?

CONDE. ¡Ah! si supiera...

DAM. ¿Fué su camarada?
(Con interés siempre creciente.)

CONDE. ¡Ah! mas.

DAM. ¿Su amigo?

CONDE. ¡Ah! por nuestras venas
la misma sangre...

DAM. ¡Qué escucho! (Con alegria.)
¿Era pariente?

CONDE. ¿Si lo era?
¡Y era sobrino segundo
de una prima de mi abuela!

DAM. ¡Oh fortuna!

ENR. (¡Esto es mentira!)

CONDE. Pulida mi abuela era,
él Pulido, yo Pulido,
y toda nuestra ascendencia
en pulimento tan noble,
sus blasones pulimenta,
que no se pule en el mundo
mas pulida parentela.

CECILIA. (Pariente debe de ser, (Ap. á Enrique.)
pues con qué objeto fingiera...)

ENR. (Tramoya es, aunque jurar
(Ap. á Cecilia.)
no puedo que no lo sea.)

DAM. ¡Qué gozo!

CONDE. ¿Nunca la habló
á usted de mí?

DAM. (Como recordando.) No recuerda
la mente...

CONDE. ¿Olvidó mi ingrato
primo, la primada nuestra?

DAM. No tal, yo he sido sin duda
la que...

CONDE. ¡Qué amistad aquella!
Él era Juan, yo era Juan,
los dos Juanes... En la escuela
compartimos como el nombre
los trompis y las palmetas.
Cuando fuimos mayorcitos
yo me embarqué para América,
él obtuvo los cordones
de cadete y fué á la guerra...
¿Qué puesto ocupaba el primo
cuando murió?
DAM. Una tenencia.
CONDE. ¿Teniente general?... ¿No?
¿Teniente coronel?
DAM. Era
teniente capitan solo;
¡graduado!
CONDE. ¡Injusticia horrenda!
Un valiente militar
muerto con honra en aquella
famosa de Roncesvalles...
DAM. No, de Ramales...
CONDE. Pues, esa.
DAM. ¿Con que es usted mi pariente?
CONDE. ¡Ah, si!
DAM. ¡Pariente! (Abriéndole los brazos.)
CONDE. ¡Parienta! (Abrazándola.)
DAM. ¡Primo! (Estrechando mas.)
CONDE. (¡Ya estás emprimada!)
Y mi sobrinita bella
no me dá los brazos.
DAM. Niña,
abrázale.
ENR. ¡Eh! que ya es esa
mucha broma! Ya me falta
para escucharlo paciencia.
CECILIA. Enrique...
ENR. ¿Sabe usté acaso
(Á Doña Damiana.)
si es verdad...
DAM. ¿Por qué no? Venga
usté acá... ¿Es Conde ó no es Conde?

ENR. Conde de Casa-Sintejas.
DAM. Pues es mi pariente.
ENR. Pero...
DAM. Vé usted como no eran
ilusiones mias?
ENR. Mas...
DAM. ¡Vaya usted con Dios!
ENR. ¡Me quema!
DAM. ¡Envidioso! no me arrancan
ni á tiros la parentela.
¡Quiere arrancarme á mi primo!
CONDE. Como si un primo pudiera
arrancarse como un hongo
parásito, ó una seta!
ENR. Es que yo dudo...
DAM. ¡Impostor!
CECILIA. Enrique...
ENR. ¡Dios me contenga!
DAM. ¡Quítese usted de mi vista!
¿Por qué se entromete en estas
cosas de familia?
CONDE. Pues,
de familia.
ENR. No hay prudencia
que baste... ¿Es primo? corriente.
Pues cuélguele en una percha,
métale bajo un fanal,
guárdele en la faltriquera,
que á mí no me importa nada
que lo sea ó no lo sea. (Entra en su cuarto.)

ESCENA VIII.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, el CONDE.

DAM. ¡Insolente! ¡Intriganton!
CECILIA. Mamá...
CONDE. ¡Envidia manifiesta!
CECILIA. Por qué tratas así á Enrique?
CONDE. ¿Eh?
DAM. ¡Calle la mocosuela!
CONDE. ¿Y estan ustedes aqui

en esta fonda?

DAM. ¡Ah! por fuerza.
No he podido poner casa
conforme con mis ideas.
Mi precaria situacion...

CECILIA. (Pues tiene buen corazon.)

CONDE. Mi casa... (Si consintiera...)
Eso es, mi casa, al momento
vénganse ustedes á ella:
me sobran habitaciones.

DAM. Oh, tanto no... Eso ya fuera
abusar...

CONDE. ¿Entre parientes?
Y yo hablaré con la Reina,
con los ministros, y aun muerto
haré qué á mi primo asciendan
y que la den viudedad.

DAM. Tantos favores...

CONDE. ¡Pues ea!
no hay mas que hablar. Esta noche
hemos de dar una vuelta
por el baile del Real.

CECILIA. ¡Oh! no es posible.

CONDE. Ingratuela.
Déjese querer.

DAM. Las dos
le damos...

CECILIA. Saber quisiera...

CONDE. Voy á enviar mi carruaje
para que ustedes se vengan.

DAM. ¡Su carruaje!... ¡Acepto, acepto!

CECILIA. Pero mamá...

DAM. Estoy resuelta.

CONDE. Voy por él.

DAM. Yo á disponerlo
todo. ¡Pariente! (Abrazándole.)

CONDE. ¡Parienta!

(Vánse Doña Damiana por la puerta de su cuarto y el Conde por la del foro.)

ESCENA IX.

ENRIQUE, CECILIA.

ENR. ¿Se marchó ya?
CECILIA. Se marchó.
ENR. Me fuí porque ya la ira...
CECILIA. Mas sabes tú si es mentira
lo del parentesco?
ENR. No.
Si que es un trapisondista,
ennoblecido de ayer:
nada le llego á creer
porque... se pierde de vista.
Quizá á lo lejos se enlace
con la tuya su ascendencia;
mas por eso, en mi presencia
he de sufrir que te abrace?
Pruebe antes el parentesco,
pues mala espina me dá...
CECILIA. Y has enfadado á mamá...
ENR. ¡Tiene un genio tan sardesco!
CECILIA. Enrique...
ENR. Á mí no me traga.
CECILIA. No creas...
ENR. No he de creer...
CECILIA. Fuiste tambien á poner
el dedo en la misma llaga...
ENR. Que me callara querias
oyendo talès quimeras?
CECILIA. Enrique, si me quisieras
su carácter sufririas.
Hoy circunstancia tan rarà
cambia quizá nuestra suerte,
pero será trance fuerte
si de tu amor me separa.
En nuestra mútua pasion
Dios nuestras almas aduna,
tu cariño es mi fortuna,
mi esperanza y mi ambicion!
Quizá ese Conde es pariente...

casa y bienes ofreció:
todo mamá lo aceptó.

ENR. ¿Pues qué? ¿acaso no consiente
ya en nuestra próxima union?

CECILIA. Alegre está con extremo:
nada ha dicho; pero temo
que cambie.

ENR. ¡Tienes razon! (Reflexionando.)
Pobre ayer y sin ventura
á despecho consentia;
hoy que su suerte varía,
consentirá?... ¡Qué locura!

CECILIA. ¡Ya que ibamos á casarnos!

ENR. Cuando mi cuadro vendiera...

CECILIA. ¿Y qué haremos? ¡Suerte fiera!

ENR. ¿Qué hemos de hacer? Conformarnos.
¡Triste es la separacion!

CECILIA. ¡Oh! ¡muy triste! No: mi llanto
la ablandará... Me ama tanto...

ENR. No abrigues esa ilusion.
¡Y aunque al fin se conformara
y á despecho consintiera,
nunca una ocasion perdiera
de arrojármelo á la cara!

CECILIA. ¿Y no habrá esperanza alguna?

ENR. ¿Crees que valor no me sobre?
¿Me desdeña por ser pobre?
¡Yo labraré mi fortuna!
Y si labrarla consigo
vendré contento y ufano,
y en vez de implorar tu mano
cual la limosna el mendigo,
en triunfo te sacaré,
y del mundo en la presencia
de esplendor y de opulencia
altivo te cercaré!

CECILIA. ¿Y crees tú que ese esplendor
satisfaga al alma mia?
¿Antes, di, no acabaria
con mi vida mi dolor?
¡Oh! tan cruel pensamiento
el alma me martiriza.

¡Mira como se realiza
mi triste presentimiento!
¡No te aparte en su rigor
de mí la suerte importun:
la dicha no es la fortuna,
que la dicha es el amor!
Bienes del mundo avariento
se ven con desprecio y calma
cuando el corazon y el alma
son ricos de sentimiento!

ENR. Si, mi bien, tienes razon: (Conmovido.)
nunca nos separaremos.

CECILIA. ¡Oh! ¡qué felices seremos!

ENR. (Has vencido, corazon.)
(Le besa la mano al mismo tiempo que Doña Damiana aparece por la puerta de su cuarto.)

ESCENA X.

DOÑA DAMIANA, DICHOS.

DAM. ¿Qué libertades son esas?

ENR. Estando tan cerca ya
el dia feliz que debe
unirnos ante el altar,
me parece...

DAM. ¿Cerca? ¿Cómo
ha podido usté olvidar...
Mi posicion ha cambiado:
tengo parientes acá,
y seré dentro de poco
una dama principal.

ENR. Señora...

CECILIA. Sufre por mí. (Bajo á él.)

DAM. Pronto mi hija brillará
en las altas sociedades,
y no la quiero casar
menos de con algun título,
ó ministro ó general.

ENR. Señora...

CECILIA. Mamá, yo le amo...

DAM. ¡Tonteria!... ¡Amar, amar!

Créeme á mí, para casarse
no es el amor esencial:
hasta el dia de casarme
no conocí yo á mi Juan.

ENR. Si usted no le conoció
y se casó nada mas
que porque dijeron: «cásate,»
cometió una atrocidad,
y no es razon que su hija
la haya en eso de imitar.
¿No vé usted que nos queremos?

DAM. Pues no cedo. Hay tema igual!
Quiere usted quitar á mi hija
el casamiento que hará?
¿Pudiendo ser señoria
con un nadie ha de casar?

ENR. ¡Vive Dios!

CECILIA. Yo la suplico...

ENR. No supliques, basta ya.
Dice bien esta señora,
no te debes rebajar
hasta casarte conmigo.
¡Un nadie! ¿Acaso creerá
(Á Doña Damiana.)
usted que yo á su hija quiero
hacer infeliz? Jamás.
Ahora, aunque usted me la diera
no la habia de tomar.

CECILIA. ¡Enrique, ya no me quieres!
No te dejes arrastrar
de tu amor propio ofendido;
consulta á tu amor no mas:
no te ciegues porque veas
ajada tu vanidad.

ENR. Si por pobre y por oscuro
hoy me pueden despreciar,
mañana de mi fortuna
mas claro el sol brillará.

DAM. ¡Tambien brillará la mia!
Mi primo siento llegar...

CECILIA. Mamá... Enrique..

DAM. ¡Nunca!

ENR. ¡Nunca!
CECILIA. ¡Llorad, mis ojos, llorad!

ESCENA XI.

EI CONDE, AMBROSIO, DICHOS.

CONDE. Aqui estoy.
AMB. Para el señor (Con una carta.)
don Enrique.
ENR. Venga acá.
CONDE. Abajo espera mi coche. (Á Doña Damiana.)
DAM. Vamos, Cecilia.
ENR. Á llamar (Despues de leer.)
me envia el ministro... ¡Bien!
AMB. Esperando á usted está
mi señora la Duquesa,
que le quiere acompañar
al ministerio.
CECILIA. ¿Qué dice?
ENR. Echada la suerte está.
CONDE. Al coche...
DAM. Vamos al punto...
AMB. ¿Qué es esto? Todos se van...
CECILIA. ¡Enrique!
ENR. ¡Cecilia, adios! (Marchándose)
CECILIA. ¡Van mi desgracia á labrar!
(Llevada por Doña Damiana.)
¡Todo, todo es obra tuya,
miserable vanidad!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon de descanso en el teatro Real. Puerta al fondo y laterales. Se oye la música del salon de baile. Parejas y grupos de máscaras atraviesan á cada instante la escena.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE.

Ya estoy en la confusion
que soñaba mi deseo,
y, sin embargo, en mi alma
el mismo vacio encuentro.
Este confuso tropel
gusta en el primer momento;
mas si me paro á observarlo,
¿qué es lo que en el baile veo?
Mil feas haciendo el coco
y oyendo de cuatro necios
lo que en su vida podrán
oir á rostro descubierto.
Mil calaveras sin suerte
que, echando atrás el sombrero,
van haciendo mil simplezas
porque reparen en ellos...
Y bailar como energúmenos,
y empujarse sin concierto,

sudar la gota tan gorda,
poner el grito en el cielo...
—¡Hacer lo mismo procuro
y divertirme no puedo!
Y no es, por Dios, mi humor triste,
ni atrabiliario mi genio.
¿Acaso es que me lo impide
de mi Cecilia el recuerdo?
¿Ó es que tarda la Duquesa...
¡Á mí mismo no me entiendo!
Por mi amor propio ofendido
ahogué mi amor verdadero:
si mi presuncion halago
acaso mi dicha pierdo!
(Se sienta á un lado del teatro.)

ESCENA II.

NARCISO, CABALLEROS, ENRIQUE.

NARC. ¡Delicioso!
ENR. (¡Calaveras!)
CAB. 1.° El marido puso un gesto
cuando vió que á su mujer
tratabas tan sin respeto...
CAB. 2.° Yo no me paro en pelillos.
Hago siempre lo que quiero;
hablo recio, pronto y mal,
y no guardo miramientos
con nadie.
ENR. (Este piensa ser
calavera y es grosero.)
CAB. 1.° Yo he hecho tres conquistas.
NARC. ¡Bravo!
CAB. 1.° Tres: la del dominó negro,
la del capuchon azul,
y la aldeana!
ENR. (Polluelo!
con el cascaron á cuestas
empieza con galanteos...
¡Presume asi ser mas hombre¡)
CAB. 3.° Pues yo mejor me entretengo

en el ambigú. ¡Qué rom!...
Seis ó siete copas llevo.
Tente... (Vacilando.)

NARC. Ya se te conoce.

CAB. 3.º Chicos, ¿sabeis que está esto
bien iluminado? Mas
de quinientas luces veo...

TODOS. ¡Já, já!

ENR. (¡Que un hombre haga el oso
y se divierta con eso!)

NARC. Pues yo me encuentro esta noche
disgustado, descontento...

CAB. 2.º ¿Qué te pasa?

NARC. Que al entrar
me tropezó un majadero
y me deshizo esta guia
del bigote... Por mas que he hecho
no la he podido poner
como antes y estaré feo,
horrible...

ENR. (Dijo la zorra
al busto despues de olerlo...
¿Y estos son los calaveras?
calaverones tremendos!)

(Doña Damiana, Cecilia y el Conde atraviesan el teatro con direccion al salon de baile.)

CAB. 1.º ¡Linda muchacha!

ENR. (¡Cecilia!)

NARC. Antes la he visto y confieso
que me gusta de manera
que me hará perder el seso...
No digais á la Duquesa...
Al salon vá; á ver si puedo
bailar con ella...

CAB. 1.º Ya tocan...
Me espera el dominó negro...

CAB. 2.º Voy á ver si armo camorra
con un prójimo á quien tengo
entre ojos...

CAB. 3.º Andad con Dios,
que yo al ambigú me vuelvo.

ENR. (Id con Dios, plaga del siglo,

que en pueriles devaneos
sois por haceros notables
calaveras majaderos!)
(Narciso y los Caballeros se van por distintos lados.)

ESCENA III.

La DUQUESA, ENRIQUE.

DUQ. (Él es.)
(Trae sobre el traje un rico capuchon y la careta puesta.)
ENR. De Cecilia en pos (Sin verla.)
se fué el otro y no me agrada...
Á mí, qué me importa?... Nada...
¡Mas la quise! ¡vive Dios!
Tal vez el cielo me avisa
de que debo á ella volver...
¿Qué vacilo?... Esto ha de ser...
(Vá á salir y la Duquesa le detiene.)
DUQ. ¿Adónde vas tan de prisa?
ENR. ¡Déjame, máscara, en paz!
DUQ. ¿Pues dónde vas tan corriendo?
ENR. Mi esperanza voy siguiendo.
DUQ. ¿Tu esperanza es tan fugaz
que asi en pos has de correr?
ENR. Á ella el corazon me lanza.
DUQ. Bien veo que tu esperanza
tendrá forma de mujer.
ENR. ¿Y quién eres tú, que asi
te cruzas en mi camino?
DUQ. Soy la voz de tu destino
que ha de detenerte aqui.
ENR. (Ese acento...)
DUQ. ¿Ya el doncel
no abriga noble ambicion?
ENR. Temo hollar mi corazon
si me sirve de escabel.
¡Hasta las etéreas salas
quisiera el vuelo lanzar;
mas se quiebran al volar
mis ilusiones las alas!

DUQ. Esta alegre confusion,
dime, ¿acaso no te es grata?
¿En ella no se dilata
tu oprimido corazon?
La radiante claridad,
el fausto de estos placeres,
el lujo de esas mujeres
no halagan tu vanidad?
Enrique, ya eres otro hombre:
ahora empiezas á vivir:
ahora que oirás repetir
de boca en boca tu nombre.
Tu alma con esto se engrie...
que sed de gloria rebosa...
tal vez una dama hermosa
halagüeña te sonrie...
¿Huyes del amor tambien,
ó es tanta tu veleidad...

ENR. Si es amor ó si es piedad,
¿acaso lo sé yo bien?
Tras mil quimeras me arroja
mi frenética ambicion;
pero toco á mi ilusion
y mi ilusion se deshoja.
Que con la gloria se engrie
mi amor propio? Si; es verdad;
pero otra felicidad
mas tranquila me sonrie.
¿Por qué perder la oportuna
dicha que puedo gozar?

DUQ. Porque te viene á brindar
con su favor la fortuna.
¿No te quejabas?...

ENR. (Ella es.)
Pero, máscara, repara
que no te he visto la cara,
y no acierto qué interés...

DUQ. ¿Mi rostro, qué importa aqui?
Piensa tú que soy ahora
algun hada bienhechora
que se interesa por tí.
Quizá en el porvenir leo,

y con luz radiante y bella
brillar, Enrique, tu estrella
en el horizonte veo.
Si altivo quieres seguir
sin recuerdos ni temores,
la suave senda de flores
que guia á tu porvenir,
será, Enrique, tan brillante
el que para tí se aduna,
que el carro de la fortuna
podrás pisar arrogante.
Mas si cobarde ó cansado
oprimes tus ilusiones
en los pobres eslabones
que las ligan al pasado,
¿de quién te podrás quejar
cuando, mañana, sin tino
te lamentes del destino,
que no supiste evitar?
Ahora ya puedes correr,
pues tu corazon te lanza
en pos de aquella esperanza...

ENR. (¡Me fascina esta mujer!)
¡Oh! te puedes descubrir,
y si eres la que imagino...

DUQ. Soy la voz de tu destino
que te ha venido á advertir.
No has de ver mi rostro ahora;
mas si de verle te cuidas
y mis palabras no olvidas,
vuelve aqui dentro de una hora.
Y en tanto, si has de venir,
corre, Enrique, á hacer pedazos
todos los antiguos lazos
que matan tu porvenir.

ENR. Aunque casi adiviné
quién es la adivinadora
la dejo y...

DUQ. Dentro de una hora...

ENR. Aqui vendré.

DUQ. Aqui estaré. (Váse Enrique.)

ESCENA IV.

La DUQUESA, despues CECILIA.

Vé y rompe los lazos
que ayer estrechabas:
conmigo tu loca
vanidad te enlaza.
En vano tu antigua
pasion te arrastraba;
ya, atado á mi carro,
mi triunfo engalanas.

CECILIA. (Entrando.)
Aqui, hace un momento,
cruzando esta sala,
á Enrique mis ojos
á ver alcanzaran...
En él pude apenas
fijar la mirada;
mas no se equivocan
los ojos del alma.

DUQ. (¿Qué veo? ¿No es ella?)

CECILIA. Ya aqui no se halla...

DUQ. (Gentil es la niña....) (Observándola.)

CECILIA. ¿Quién será esta máscara?

DUQ. ¿Por qué tan inquieta? (Á Cecilia.)
¿Qué buscas?

CECILIA. (Me extraña...)

DUQ. ¿Nada me respondes?

CECILIA. (¡Su acento me espanta!)

DUQ. ¿Quieres, pues que es uso
la broma en las máscaras,
que yo te adivine
lo que tú me callas?
Tú buscas á un hombre
que Enrique se llama.

CECILIA. ¡Enrique! ¿Tú sabes?...

DUQ. Y sé que le amas,
y dulces proyectos
en su amor fundabas,
que huyeron cual hoja

que viento arrebata.

CECILIA. ¿Qué dices?

DUQ. Que al hombre,
si talento alcanza,
no le satisface
ventura ignorada.
¿Puedes tú ofrecerle
lo que ahora le falta,
posicion, fortuna,
honores y fama?

CECILIA. Yo puedo ofrecerle
de amor rica un alma
que encierra tesoros
para él de esperanza:
corazon sencillo
donde despertaran
el primer ensueño
de amor sus palabras.
Yo puedo ofrecerle
la dicha que se halla
del hogar doméstico
á la sombra grata,
ventura tranquila,
cual tranquila plácida,
que el mundo desprecia
porque no la alcanza,
Los bienes del mundo
con negra falacia
nos dan desengaños,
nos roban la calma.
Salud y alegria,
fortuna... mediana,
conciencia tranquila,
honradez sin mancha,
el dulce cariño
de prenda adorada
que parta solícita
penas y esperanzas;
esta, esta es la dicha:
si á Enrique le basta,
con ella le brinda
mi amante constancia!

DUQ. Niña, que aun conservas
ilusiones tantas,
los sueños que abrigas
me mueven á lástima.
De cándidas flores
circundas el alma,
porque aun la experiencia
no llegó á agostarlas.
La dicha que pintas
á Enrique no basta;
sus ojos han puesto
la mira mas alta.
De su amor huyendo
á otra quizás ama:
si él te olvida ingrato
olvídale ingrata.
Despierta del sueño
que ayer te arrullaba.
¿Primer desengaño?
¡Dolerte há en el alma!
Mas tú eres hermosa:
podrás la revancha
tomar en los hombres.
Sin cuidado baila:
bailando, las penas
son menos amargas;
cien adoradores
vendrán á endulzarlas.

CECILA. Mas dime quién eres,
mujer ó fantasma,
que asi te apareces
á robar mi calma.
¿Qué objeto te guia?
¿Qué interés te arrastra?
¿Á Enrique conoces?
¿Acaso le amas?

DUQ. Soy quien el destino
quiso que cruzara
entre tí y Enrique
poniendo una valla.
Penetrar no intentes
arcanos del alma;

cuanto dije es cierto:
con esto te basta.

CECILIA. Mas dijiste que era...

DUQ. Si, bromas de máscara...
Adios, que la broma
vá siendo ya larga.
Toma mi consejo;
sin cuidado baila:
bailando, las penas
son menos amargas. (Váse.)

ESCENA V.

CECILLA, despues ENRIQUE.

CECILIA. ¡Oh! ¿Quién es esta mujer
que tan sin piedad me ha herido?
¿Burlarse de mí ha querido?
Mas Enrique... Ahora he de ver...

ENR. (Al fin le hallé.) Te he buscado
en vano por el salon.

CECILIA. ¡Y yo á tí... Mi corazon
cuánto el verte ha deseado!

ENR. (Yo no sé cómo la diga...)

CECILIA. (¡Cómo saber si era cierto...
Con él á fingir no acierto!)

ENR. (Mas la Duquesa me obliga...
Vá en ello mi porvenir.)

CECILIA. (Nada le debo ocultar:
yo se lo voy á contar.)

ENR. (Yo se lo voy á decir.)
Cecilia...

CECILIA. Enrique... (Al mismo tiempo.)

ENR. ¿Qué?

CECILIA. ¿Qué?

ENR. ¿Qué es lo que decirme quieres?

CECILIA. No: me parece que tú eres...

ENR. Luego... Empieza...

CECILIA. Empezaré.
Aqui te buscaba yo,
porque aqui al pasar te ví,
cuando acercándose á mí

una máscara me habló.

ENR. ¿Quién era?

CECILIA. El rostro cubierto
con la careta tenia,
rico capuchon vestia...

ENR. (La Duquesa era de cierto.)
¿Y qué te dijo?

CECILIA. Me habló
de tí con acento extraño...
¡Cada frase un desengaño!
¡El alma me atravesó!
Haciéndote, Enrique, agravios,
supuso que no me amabas;
que quizá ingrato olvidabas
cuanto juraron tus labios.
¡Dijo que á la vanidad
tan solo culto rendias,
y la sacrificarias
mi cariño sin piedad!
¡Porque anhela tu ambicion
honores, gloria y fortuna,
y yo solo te ofrezco una
profunda, inmensa pasion!
Dijo... Mas si lo recuerdo
con el dolor moriré...
¡Lo que me dijo, no sé!
¡El juicio al pensarlo pierdo!
No imites tú su crueldad:
dime que quiso burlarme,
y... si llegaste á olvidarme...
no me digas la verdad.

ENR. (Llora... no tengo valor...)
Broma, Cecilia, seria...

CECILIA. ¡Oh! ¿no es verdad que mentia?
Porque es mútuo nuestro amor,
¿no es cierto?

ANR. ¿Acaso en contrario
pruebas de mi parte tienes?
Mientras que tú al baile vienes
con el primo estrafalario.

CECILIA. Solo la obediencia pudo
traerme: de él no me fio,

y en desengañar confio
á mamá.

ENR. Yo tambien dudo...
el tal Conde era un pelgar...
Casi otra vez se arruinó
y, sea pariente ó no,
poco os puede aprovechar.
Mas al creer tu posicion
otra, aun tu pecho me amaba?

CECILIA. Á raudales te lloraba
perdido mi corazon!
Si cambiara cual la suerte
al capricho del destino,
¡fuera mi amor bien mezquino!
¡Oh! no, Enrique mio, advierte
que, sin que nada la asombre,
si una vez llega á querer
es mas ciega la mujer
y mas constante que el hombre.

ENR. No; que tu amor me interesa
y no he de olvidarte yo.

CECILIA. Dios nuestras almas formó
en una misma turquesa!
Por muchos que el mundo adune,
¿qué bienes te puede dar
que se puedan comparar
con el amor que nos une?

ENR. ¡Oh! si, si, tienes razon:
solo en tí mi dicha existe!
Solo por tí estaba triste
mi oprimido corazon!
Flor es èl amor primero
que en la juventud lozana
en el alma brota ufana;
y aunque luego el tiempo fiero
con errores ó deslices
su tallo logre secar,
nunca consigue arrancar
del corazon sus raices!

ESCENA VI.

La DUQUESA, NARCISO, CABALLEROS, ENRIQUE, CECILIA.

La Duquesa aparece por el foro, sin careta. Narciso y demas caballeros la rodean haciéndola la córte. Estarán colocados de tal modo Enrique y Cecilia, que esta no vea á la Duquesa hasta que se acerca á ellos cuando indican los versos.

(Mas la Duquesa... Á fé mia
que adoradores sin cuento
lleva... No sé por qué siento...)

CECILIA. ¿Me eres fiel?

ENR. Si... (¡Qué porfia!)

DUQ. ¡Já!... ¡já!...

ENR. (En su intento prosiguen...)

DUQ. (Enrique con otra allí...)

NARC. Primita...

CECILIA. ¿No me oyes?

ENR. Si... (Distraido.)

DUQ. Para que mas no me hostiguen
la careta me pondré. (Lo hace.)

NARC. No lo permito...

ENR. (¡Habrá necio!)

DUQ. (¡Que ese hombre me haga un desprecio!)

CECILIA. ¿Qué tienes? (Á Enrique.)

ENR. ¿Yo? Nada: es que...
(Y soy con Cecilia ingrato
solo porque una coqueta...)
(Sigue hablando con Cecilia.)

NARC. Que se quite la careta.

CABS. ¡Si, si, si!
(Van bajando mas cerca del proscenio.)

DUQ. (¡La del retrato!) (Viendo á Cecilia.)

NARC. Pues que cada cual desea
le elija por caballero,
yo contentarlos espero
si me escuchan.

CABS. Bueno... Sea...

NARC. Ese tulipan hermoso
que alegre ostenta en su mano

su rico matiz lozano,
se le ha de dar al dichoso.
Y conformes los demas
con su decision, sin pena
quedarán.

CABS. ¡Enhorabuena!

NARC. (Tú el elegido serás,
Narciso.)

DUQ. Me ha parecido
bien el medio.

NARC. ¡Ea! Atencion...

ENR. Si; tuyo es mi corazon... (Á Cecilia.)
(¿Cuál de ellos será elegido?)

DUQ. En fila los pretendientes...
Uno, dos, tres, cuatro, cinco...
¿No hay mas?...

NARC. No. Vá á dar un brinco
el pintor... (Ap. á los otros.)

CABS. ¡Já! ¡já!

ENR. (¡Insolente!)

DUQ. ¿Y tú, dime, no deseas
(Acercándose á Enrique siempre con la careta.)
el tulipan obtener?

CECILIA. Esta es aquella mujer...

DUQ. Es un falso; no le creas. (Á Cecilia.)

CECILIA. ¿No lo oyes? (Á Enrique.)

ENR. Si: es una broma:
no hagas caso.

DUQ. (En voz baja á Enrique.) ¿Se le doy
á mi primo?

CECILIA. Yo me voy: (Á Enrique.)
sígueme.

DUQ. ¿Le quieres? Toma. (Lo mismo.)

ENR. (¡Qué hacer!)

CECILIA. ¿Es que no me quieres?

ENR. Si; voy contigo.

DUQ. Narciso...

ENR. No... (Ap. deteniéndola.)

DUQ. Se halla en buen compromiso
un hombre entre dos mujeres.

CECILIA. Si me amas, Enrique, ven.

ENR. (Y se han de quedar riendo...

Mas Cecilia está sufriendo...)
(Haciendo ademan de seguirla.)

DUQ. (Veremos quién vence á quién.
(Sin mirar á Enrique.)
Ea, señores, aqui
como prenda de favor
mi mano entrega esta flor...

ENR. (No resisto...)

NARC. y CABS. ¿Á quién?

ENR. ¡Á mí?
(Dejando á Cecilia y arrebatando la flor de la mano de la Duquesa.)

CECILIA. ¡Qué es esto!

NARC. ¡No hay que jugar!

CABS. ¡No vale!...

DUQ. Nadie resista;
que al fin, aunque él la conquista,
yo se la dejo tomar.
El brazo... Vuelvo al salon.
¡Gané! (Tomando el brazo de Enrique.)

ENR. ¡Ya quedan vencidos! (Llevándosela.)

NARC. ¡Hemos quedado lucidos! (Á los otros.)

CECILIA. ¡Sufre y llora, corazon!
(Cayendo en una silla. Los Caballeros se alejan por distintos lados.)

ESCENA VII.

CECILIA, NARCISO.

CECILIA. ¡Dios mio! ¡Se vá con otra!
me deja aqui... ¡No me ama!

NARC. ¡Hacerme á mí tal desaire
mi prima... mas no me extraña:
como vé que tengo estrella
donde quiera con las damas,
y que al presentarme yo
se desviven las muchachas,
tiene celos, ¡pobrecilla!
y en despique... Mas se engaña:
si cree... La he de dar mas celos...
Vuelvo el salon.—Pero, calla...
Esta es la niña bonita

que antes aqui... Algo la pasa;
pero en cuanto yo la diga
dos frases almibaradas,
y asi, como quien no mira,
le dirija una ojeada,
trueca el llanto en risa... apuesto. .

CECILIA. (¡Posible es que me engañara!)

NARC. Mira que tus lindos ojos,
(Acercándose á Cecilia.)
niña, con el llanto, empañas.

CECILIA. Qué importa, cuando el pesar (Sin mirarle.)
cubre de tristeza el alma!

NARC. ¿Tristeza? ¡Ah! si; ya comprendo:
aquel ingrato te cáusa
tal pesar?... ¡Dále al olvido!...
Mira la mejor estampa
de los pollos de Madrid
que constante te idolatra
hace diez minutos. Vamos
al salon; conmigo baila:
no hay pena que resista á unas
habaneras bien bailadas.

CECILIA. ¡No tiene usted corazon!
No me vé usted anegada
en llanto, y que cuando lloro
mi dolor ó mi desgracia
es un miserable el hombre
que no respeta las lágrimas!

NARC. (¡Sentimental es la chica!)
Y á mí me llegan al alma
tus penas; pero yo te amo
y un clavo otro clavo saca.

CECILIA. Déjeme usted...

NARC. ¿Pero no oyes
que te amo?

CECILIA. Lo estimo: gracias. (Con desden.)

NARC. ¡Cómo!... ¡Es la primera vez
que al decir yo que la amaba
á una mujer no encontré
en ella acogida grata!

CECILIA. Pues en mí no la ha de hallar.

NARC. ¿Ni siquiera una esperanza?

CECILIA. Ninguna.
NARC. Pues ¡vive Dios!
que esto en mi tierra se llama...
CECILIA. Llámelo usted como quiera.
NARC. ¡Pues se llama calabazas!

ESCENA VIII.

EL CONDE, DOÑA DAMIANA, DICHOS.

CONDE. Aqui está Cecilia bella.
DAM. ¿Mas qué tienes? ¿Estás mala?
CECILIA. El calor...
CONDE. Entren ustedes
al ambigú y allí...
CECILIA. Gracias,
ya estoy mejor...
DAM. Si; entraremos.
CECILIA. Yo no quiero tomar nada.
DAM. Yo lo tomaré por tí.
NARC. (¡Me ha dejado hecho una estátua!
¡Que de este modo una tonta
me haya dado calabazas!
Yo me vengaré.)
DAM. (Dirigiéndose al ambigú.) Ven...
CECILIA. ¡Vamos!
(Siguiéndola distraida.)
CONDE. Si: entremos...
NARC. Una palabra... (Deteniéndole.)

ESCENA IX.

NARCISO, el CONDE.

¿Usted conoce á esa niña?
CONDE. Un poco.
NARC. ¿Es parienta, ahijada,
pupila...
CONDE. No.
NARC. ¡Ya adivino!
¿Es acaso amor?
CONDE ¡Phs! (Nada
pierdo con decir que si.)

NARC. ¿Con que amor, eh? ¡Buena alhaja!
Es usted un calavera.
CONDE. Como usted.
NARC. Lo mismo. (Gana
me dá de reir... ¡Que piense
valer lo que yo!)
CONDE. (¡Se iguala
á mí!... ¡Mequetrefe!)
NARC. Es linda.
CONDE. ¡Phs! tal cual: es agraciada.
NARC. Tenemos un mismo gusto.
CONDE. ¡Qué! ¿Tambien á usted le agrada
NARC. Me agradó.)
CONDE. ¡Cómo!
NARC. Es ya vieja
la historia.
CONDE. Si esa muchacha
es casi recien venida
á Madrid: dos meses...
NARC. ¡Vaya!
y en dos meses... Ya la niña
compuesta y almibarada,
que cambia modestamente
dos amores por semana,
es un prodigio: conozco
mas de diez y muy honradas,
que citan á un novio en misa;
á otro en paseo; á otro en cá
tertulia á que asisten; y
cuando no salen de casa,
amen de cuatro que oscan
por la calle las ventanas,
hablan á dos por la noche
y á otros dos por la mañana.
CONDE. ¿Pero, en fin, usted la habló?
NARC. ¡Toma!
CONDE. ¿Le hacia á usted cara
ella?
NARC. ¡Ah!
CONDE. ¿Le dijo que si?
NARC. ¡Oh!
CONDE. (¡Y conmigo está uraña!)

Y usted la dejó...

NARC. Cansado...
¿Qué quiere usted? Todo cansa.

CONDE. (¡Vive Dios! ¡Y quiere hacerse
conmigo la mojigata!)

NARC. (Hago como mis amigos:
si una chica nos desaira,
se habla mal de ella en despique
de la vanidad ajada.)
Supongo que amará usted
con buena suerte...

CONDE. En mi casa
vive conmigo.

NARC. (¡Esto mas!)

CONDE. (No he de ser menos.)

NARC. (¡Y acaba
de desairarme aqui mismo!
Los daré una cencerrada.)

CONDE. Diga usted...

NARC. Vi, hablé, vencí.

CDNDE. Detalles...

DAM. Primo...

CONDE. Me llaman...

NARC. ¿Primo? ¡Lindo parentesco!
¿Hace usted el primo?

CONDE. ¡Cáscaras!
y es verdad... la vieja allí
engulle, y á mí me llama
para que pague... ¡Canario!

NARC. No me costó á mí tan cara. (Riendo.)

DAM. Primo...

CONDE. ¡Demonio! Ya voy...
(Disimulemos; cachaza.
¡Yo cogeré á la inocente
cordera y la hablaré al alma.
(Entra en el ambigú.)

NARC. ¡Soberbio! Van á reñir...
Yo corro... ¡Habrá broma larga!
(Váse por el foro.)

ESCENA X.

La DUQUESA, ENRIQUE.

ENR. (¡Que á Cecilia deje asi!)
DUQ. Descansaremos un rato.
Cuánto siento que por mí
abandonára usté aqui
á la niña del retrato!
Y lo siento, porque fuera
fácil que alguno creyera
que me causaba recelos...
¡Pobre chica!
ENR. (¡Me exaspera!)
Ya sé que no la dí celos...
Pero de aqui se concluye
que usted á mi afecto ingrata
de su pecho los excluye.
DUQ. Yo siempre al que de mí huye
le hago la puente de plata.
ENR. Usted elegirme quiso...
DUQ. Usted se tomó la flor,
que si no tal vez Narciso...
ENR. Mil gracias por el aviso,
porque al buen entendedor...
(Cuando Cecilia me adora
sufro yo de esta un desaire...)
Á los pies de usted, señora.
DUQ. ¿Se vá usted? Fié en el aire,
y el aire se cambia ahora.
ENR. Ahora me quiere acusar...
DUQ. Yo le detengo á usté acaso?
Vaya usted...
ENR. ¿La he de dejar
sola aqui?
DUQ. Me ha de faltar
quien...
ENR. (De despecho me abraso...)
DUQ. Marciso vendrá sumiso...
Él si que es galante, atento,
servicial...

ENR. (Con ironia.) ¡Un don Preciso!
¡Es Narciso mucho cuento!
¡Es mucho cuento Narciso!
¡Bella estampa! ¡Digo, hola!
Y su gallardia es tal,
que si dá una vuelta sola...
le falta sólo la cola
para ser un pavo real.

DUQ. ¡Caballero! (¡Me venció!)

ENR. Doy á usted mi enhorabuena,
y si usted le prefirió
yo me retiro sin pena,
que... no valgo tanto yo.
Y me marcho, porque fuera
fácil que alguno creyera
que me causaba recelos...
¡Pobre chico!

DUQ. (¡Me exaspera!)

ENR. ¡Qué diantre! No me dá celos.

DUQ. Ordinaria inclinacion (Con altivez.)
en el hombre siempre fué
faltar á su obligacion,
y en subiendo, con el pié
rechazar el escalon.
Tanta altivez no tenia
cuando, al hacer mi retrato,
ni aun á soñar se atrevia
el nombre que yo en un dia
le he dado.

ENR. (Soy un ingrato.)
Es verdad.

DUQ. Vaya usted, pues.
Yo me encontré en su camino;
suya la culpa no es
si yo con loco interés
quise cambiar su destino.
Ayer usté, en su dolor,
de compararse halló modo
á una flor, veo en rigor
que quiere usted que la flor
vuelva á caer en el lodo.

ENR. Eso no; que el alma mia

aun cuenta con energia
para seguir avanzando...

DUQ. El que en sí no mas confia
vá cayendo y levantando.
Dí la mano...

ENR. Á quien la besa, (Lo hace.)
¡Ingrato, no!... Mientras viva
no olvidaré...

DUQ. No me pesa.

ENR. Soy altivo...

DUQ. Soy altiva...
¿Olvido y paz:..

ENR. Si, Duquesa.
(¡De Cecilia voy á huir!...
¡De mí mismo soy verdugo!
me ciego...)

DUQ. (¡Me haces reir!
¡No has de poder sacudir
por mas que quieras mi yugo.)
Nos sentaremos aqui...

ENR. Duquesa, yo...
(Se sientan retirados á un lado del salon, y siguen hablando ap.)

ESCENA XI.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, el CONDE, DICHOS.

CONDE. En conclusion,
(Bajo á Cecilia, con quien sale del ambigú seguido de Doña Damiana.)
¿desdeña usted mi pasion?
¿No me dice usted que si?

CECILIA. ¡Con indignacion rechazo
hasta su amistad tambien!
(Separándose de él.)

DAM. ¡Hemos cenado muy bien!

CONDE. (¡Á mi costa!)

DAM. Primo, el brazo.

CONDE. (¡Diablo! el parentesco arrimo,
que basta ya de primada.)
Está usted muy engañada:
¡no hay tal primo, no hay tal primo!

DAM. ¿Cómo?...
CECILIA. ¿No entiende? ¡Caramba!
Pues no hablo en algarabia.
Que es usted parienta mia
lo mismo que del rey Wamba.
DAM. ¡Cielos! ¿No es usted Pulido?
CONDE. No, señora; sin pulir
estoy. No quiero servir
de juguete. ¿Está entendido?
DAM. Pero mi Juan...
CONDE. ¡Voto á sanes!
DAM. ¿Usted no le conoció?
Era Juan...
CONDE. Si, como yo:
lleno está el mundo de Juanes;
mas no quiero ser Juan Lanas.
Todo es mentira, ¡clarito!
que guardar no necesito
consideraciones vanas.
Quiero á su hija, esta es la historia:
si usted no lo lleva á mal,
emprimaremos, cabal,
y aqui paz y despues gloria.
DAM. ¡Qué escucho!
CONDE. Si ella á mi amor...
CECILIA. ¡Basta! Al hablar asi á bulto
(Con dignidad.)
nos hace usted un insulto,
ultraja usted nuestro honor!
Que yo le desprecio crea,
y váyase avergonzado
por habernos engañado
de una manera tan fea.
No fué mucho sin temor
creerle por nuestro mal:
no vive mas el leal
que lo que quiere el traidor!
Somos pobres... ¡ya se vé!
y causa al mundo extrañeza
la virtud con la pobreza.
¡Muchos piensan como usté!
Todo se suele comprar

en este siglo de oro;
mas la virtud es tesoro
que nadie puede pagar.
¡Ay de aquella que cayó
en lazos que el amor tiende;
mas la mujer que se vende
no tiene disculpa, no!

ENR. ¡Bien por Dios!
(Que desde el sitio en que se halla sentado con la Duquesa ha oido lo que dice Cecilia.)

DUQ. (¡Ella! ¡Otra vez
se me escapa!)

DAM. Caballero, (Al Conde.)
que se vaya usted espero.

CONDE. ¡Canario con la honradez!
Dan á las cosas un viso
esos modos arrogantes...
¿No tiene usted mas amantes?
¿no conoce usté á Narciso?

ENR. (Qué, ¿será cierto?)

DAM. ¿Hay valor
para...

CECILIA. De mentir acaba
usted: solo le faltaba
ser tambien calumniador.

ESCENA XII.

NARCISO, CABALLEROS, todos con dominó y careta. DICHOS.

NARC. Allí estan.

CAB. 1.° Pues empecemos.

NARC. Á mí me conocerá.
Háblale tú.

CAB. 2.° Voy allá.

NARC. No olvideis...

CAB. 3.° No: ya sabemos...

CAB. 2.° Aqui está tu parentela,
primo.
(Llegándose al Conde y abrazándole.)

CAB. 1.° ¡Primo! (Lo mismo.)

CAB. 3.° ¡Primo mio! (Lo mismo.)

CONDE. ¡Señores!
NARC. (Yo ahora me rio.)
CAB. 1.° ¡Nuestra prima! (Á Cecilia.)
CAB. 3.° ¡Nuestra abuela!
(Á Doña Damiana.)
NARC. Todos son nuestros parientes.
CAB. 2.° ¡Todos!
NARC. ¡Viva el primo!
TODOS. ¡Viva!
CAB. 2.° ¡Arriba con él! (Cogiéndole.)
TODOS. ¡Arriba!
(Levantándole en alto.)
CONDE. ¿Qué broma es está? ¡Insolentes!
CAB. 2.° ¿Se incomoda?
CAB. 3.° No hay por qué.
NARC. Y se casa... (Á los otros.)
CONDE. ¡Vive Dios!
CAB. 1.° ¿Con cuál de ellas?
NARC. Con las dos.
ENR. ¡Oh! yo las defenderé...
(Haciendo ademan de acercarse al grupo.)
NARC. Insisto sobre este artículo...
DUQ. ¿Defenderlas? ¡Que me place!
(Deteniendo á Enrique.)
Mas mire usted lo que hace,
que estan puestas en ridículo.
De todos será irrision
si causa usté alguna alarma,
y el ridículo es un arma
que mata sin compasion.
ENR. ¡El ridículo!... (Deteniéndose.)
DUQ. (Vencí.)
NARC. y CABS. (Que continúan en corro, como teniendo en medio á Cecilia y á Doña Damiana.)
¡Que hable la abuela, que hable!
ENR. (Huyo. ¡Soy un miserable!)
DUQ. Enrique, vamos de aqui.
(Llevándole hácia el foro.)
CECILIA. Señores, por Dios...
CONDE. Yo espero...
CAB. 2.° Abuela, no hay nada oculto.
DAM. No puedo mas. Yo me insulto...

CECILIA. ¡Por Dios! (Llarando.)

DAM. ¡Ay... ay! ¡yo me muero!

(Doña Damiana se desmaya sobre una silla en el momento en que Narciso y los máscaras bromean con mayor algazara. Cecilia se abraza á ella llorando. Cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon elegantemente amueblado en casa de la Duquesa. Á la izquierda del actor la puerta de un gabinete. En el foro la puerta de entrada, que por la derecha conduce al exterior y por la izquierda á las habitaciones interiores.

ESCENA PRIMERA.

La DUQUESA, AMBROSIO.

AMB. Señora mia, ya está
obedecida vuecencia.
DUQ. ¿Hiciste bien el encargo?
AMB. ¡Pues no! Crucé á la otra acera,
y como en la fonda fuí
camarero, antes que en esta
casa tuviera el honor
de vestirme su librea,
entré allí muy fácilmente.
Y eso que la gente aquella
tiene tal envidia al verme
con el fraque, con las medias
y el calzon corto, que yo
ni saludarlos debiera;
pero no soy vanidoso,
y, aun yendo en la carretela,
los saludo desde toda

la altura de la trasera.

DUQ. Al caso.

AMB. El caso es que entré
en el cuarto que aun conservan
doña Damiana y su hija.
Reconociéronme ellas
al punto, y yo que iba ya
informado, con destreza
las hice hablar de la triste
situacion en que se encuentran.
Enferma doña Damiana,
segun creo á consecuencia
de un insulto que en un baile
recibió la pobre vieja;
perdidas las esperanzas
de encontrar su parentela;
sin poder pagar la fonda
ni poder salir de ella;
Cecilia llorando siempre
de don Enrique la ausencia,
pues envió por sus cuadros
y ha mudado de vivienda:
este es su estado. Yo entonces
les mostré la conveniencia
de salir de sus apuros,
y que si ellas se avinieran
yo les propondria un medio...
¿Cuál es? dicen. La Duquesa
mi señora, les respondo,
ha tiempo que hallar desea
una señorita honrada,
de educacion, para hacerla
solamente compañia,
vestirla... ¡Si, una doncella!
exclama doña Damiana;
pero Cecilia discreta
la dice que se halla pronta
á sacrificarse ella
por no ver á su mamá
en situacion tan extrema.
Yo las dije que las dos
podrian vivir en esta

casa, que la señora es
con todos amable y buena,
y al cabo las convencí:
y esperando estan ahí fuera.

DUQ. Bien, Ambrosio; de tu celo
y lealtad satisfecha
estoy. Haz que entren al punto.
Si don Enrique viniera,
avisa.

AMB. Está bien, señora.
(Aqui voy á hacer carrera.) (Váse.)

ESCENA II.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, la CONDESA.

CECILIA. Señora...

DUQ. Acérquense ustedes...
(Á Cecilia.)
¿Es usted la que desea
venir desde hoy á mi casa?

CECILIA. Si, señora.

DAM. (¡Qué vergüenza!)
Á este extremo nos reducen
de la suerte contingencias;
mas no nació para eso,
que es notoria su nobleza;
y si yo encuentro algun vástago
de mi hidalga parentela...

CECILIA. Deje usted eso, mamá.
Esta señora es muy buena,
segun nos ha dicho Ambrosio,
y no extrañará que vengan
á buscar su proteccion
dos mujeres que hoy se encuentran
solas en el mundo. Yo
serla muy útil quisiera;
dudo solo que al deseo
ayude la suficiencia.
Coser, bordar, las labores
en que mi sexo se emplea
me son familiares...

DUQ. Basta
con que eso sepa, y no crea
nunca que yo he de humillarla:
su desgracia me interesa.
Solo hará usted á mi lado
alguna labor ligera...
¿Este prendido arreglarme
sabrá usted?
(Tomando un prendido que hay sobre el velador.)

CECILIA. Si tal.

DUQ. Pues ea,
pase usté á ese gabinete,
donde podrá...

CECILIA. (Yo he oido esta
voz...)

DUQ. Usted pregunte á Ambrosio,
(Á Doña Damiana.)
que en la antesala se encuentra,
por su cuarto; allí cuidada
será, sin que nada tenga
que desear: las dos caben
en casa.

CECILIA. ¡Oh! gracias.

DAM. ¡No niega
esta señora que es noble!
Mas porque ella tambien vea
que no me he alabado en balde
de serlo yo, en esta mesa
dejo papeles que dan
fé de mi ilustre ascendencia.
Si en algun rato perdido
quiere verlos, quizá sepa,
por los apellidos, darme
indicios de una parienta
á quien busco...

CECILIA. Mamá...

DAM. Conque
beso la mano á vuecencia.

DUQ. Deje usted el tratamiento.

DAM. ¡Oh! pues si yo le tuviera
haria poner un rótulo
bien gordo sobre mi puerta,

para que no entrara en casa
nadie que no me le diera.
(Se dirige al foro.)

DUQ. Ahí dentro hallará usted todo... (Á Cecilia.)

CECILIA. Señora...

DUQ. Tenga usted cuenta
si llamo...

CECILIA. Está bien... (Su voz
un recuerdo en mí despierta...)
(Entra en el gabinete de la izquierda.)

ESCENA III.

LA DUQUESA.

El todo voy á jugar
por el todo... gane ó pierda!
Es forzoso: él la recuerda;
su amor no llega á olvidar.
Traerla fuera imprudencia
á poder luchar conmigo;
mas no puede, y si consigo
humillarla en su presencia...
Él es vanidoso, sí,
y al verla en tan pobre estado,
de su amor avergonzado
ha de olvidarla por mí.
Mi amor propio interesé
en esta lucha insensata;
hoy ó su desden me mata
ó esposa suya he de ser.
No ha de decirse en Madrid
que quien la moda ha fijado
en la córte, no ha logrado
vencer en tan pobre lid.
(Váse por la segunda puerta izquierda.)

ESCENA IV.

ENRIQUE y AMBROSIO por la puerta del foro. Despues por el mismo lado el CONDE y NARCISO.

ENR. ¿Está?
AMB. Para todos no.
ENR. Entonces...
AMB. (Con malicia.) Para usted, si.
ENR. ¿Cómo...
AMB. Espérela usté aqui:
que avisara me mandó.
(Viendo al Conde y á Narciso.)
Don Narciso y el señor
Conde de Casa-Sintejas.
(Apostaré las orejas
á que es él!
(Examinando con insistencia al Conde.)
NARC. (¡Hola! el pintor.
Si hoy de mi prima consigo
la mano...)
AMB. (Como antes.) (Esa cabezota...
Si, no hay duda, á la pelota
jugó cien veces conmigo.)
CONDE. (Que asi el respeto me pierda
mirándome este truhan...)
Vete... (Á Ambrosio.)
AMB. Se llamaba Juan... (Marchándose.)
y el mote... Ambrosio, recuerda...

ESCENA V.

DICHOS menos AMBROSIO.

NARC. Dios guarde al nuevo Velazquez.
CONDE. Enriquillo...
ENR. Hola, señores...
¿Qué hay de nuevo?
NARC. Poca cosa.
Una aventura del Conde.
CONDE. ¿Mia?

NARC. Si tal.
ENR. ¿Aventura?
NARC. ¡Oh! y aventura de amores.
No conoce usted mayor
calavera.
CONDE. (¡Monigote!)
NARC. Pues sabrá usted que á una niña
muy bonita hizo la corte
y se la llevó á las máscaras
con su mamá la otra noche.
¡Cenó la madre por cuatro
y pagó la cena el Conde;
ella le llamaba primo!...
CONDE. Don Narciso...
NARC. ¡Lindo nombre!
Pero es lo mejor del caso,
que tras pagar, y no á escote,
se juntó tal parentela,
gente toda ilustre y noble,
que casi le mantearon:
buen susto se llevó el pobre!
CONDE. Ya me sospechaba yo
que de usted venia el golpe.
NARC. ¡Oh! no por cierto; yo estuve
entre los espectadores.
Usted tambien lo veria. (Á Enrique.)
ENR. Si, cierto... (¡Dios me perdone
si no cumplí cual debia
en aquella triste noche!)
CONDE. Pero don Narciso calla
que ella por mí despreció le.
NARC. Eso no; yo abandonado
habia esas relaciones.
ENR. ¿Usted?... (Los celos me ahogan...)
Pues cuándo... (Á Narciso.)
CONDE. No te alborotes. (Riendo.)
Olvidaba que tambien
tú...
NARC. ¿Qué, el señor la conoce?
¡Ah... si! (Recordando.)
ENR. No por cierto; no
la ví... (En un potro me ponen.)

CONDE. Pues, Enrique, por mi vida,
¿cómo asi la desconoces,
cuando tú tambien vivias
en aquella fonda, donde
yo con la madre emprimé;
y recuerdo bien que entonces
te enfadaste con la vieja,
porque dando á mis razones
crédito, mandó á la niña
que me abrazara...

NARC. ¡Hola, Conde!
¿Y abrazó?

CONDE. No quiso ella.

NARC. ¡Ya!

CONDE. Ni el señor.

NARC. ¿Escocióle?
¿Luego tenia interés?

ENR. Dejemos eso, señores.

NARC. ¿No le gusta hablar del caso?
¡Pues algo hubo!

CONDE. ¡Es que fuí torpe!
Solo sospeché un momento
cuando ví á Cecilia entonces
defenderle con su madre...

ENR. (¡Defenderme!... Y yo...)

NARC. (Al Conde.) ¡Pues hombre!
bien clara se traducia
toda una historia de amores.

CONDE. Conque eramos tres? ¡Caramba!

NARC. Bien por la modesta jóven!
Y aun se hace la mojigata.

ENR. ¡Don Narciso!

NARC. ¡Eh! no se amosque!
No vale la pena...

CONDE. Cierto.
Defiendes, nuevo Quijote, (Á Enrique)
menesterosas doncellas
por valles, selvas y montes?

ENR. ¡Juan, que no tolero bromas!

NARC. Bueno seria, señores,
que por una mocosuela
riñeramos aqui!... Pobre

del que en completo ridículo
por tales cosas se pone,

ENR. (Tiene razon: voy á ser
la fábula de la córte
si me obstino...) Yo me enfado.
(Á ellos.)
solo porque se me tome
por diversion.

CONDE. Nunca fué
mi intento...

NARC. Ya se supone:
ni el mio... Ni él la defiende,
verdad!

ENR. No... (Con embarazo.)

NARC. Que la conoce
y tuvo algun amorcillo
con ella? nada hay que asombre
en esto. En ese terreno
no somos competidores.
Quizá en otro...

CONDE. ¿Cómo?

NARC. Si:
creo que á todos importe
la franqueza en este caso.

CONDE. Hable usted.

NARC. Todos la corte
hacemos á la Duquesa;
esto lo verá el mas miope.
Por primo y por mas antiguo
tengo yo derechos dobles,
y ustedes se estan forjando
engañosas ilusiones
Si á casarse se decide...

ENR. No será usted el que logre
llevarla al altar.

CONDE. Es claro.
Sus timbres con mis blasones
querrá ellá enlazar mejor.
Ella duquesa, yo conde.

ENR. Ni tú tampoco.

CONDE. Serás
tú.

ENR. Veremos.
NARC. ¡Por Dios, hombre!
Usted la mereció acaso
deferencias, distinciones,
y por eso se imagina...
No conoce usté á los nobles.
CONDE. Es verdad, por lo que veo,
Enrique, no nos conoces.
Todos somos de las artes
Mecenas y protectores,
cada cual siguiendo en ello
sus gustos é inclinaciones,
quién cena con los cantantes
quién con los toreros come...
La Duquesa es algo artista,
y protege á los pintores.
Esto es todo.
NARC. Asi lo creo.
ENR. Bien: lo veremos.
CONDE. Conformes.
ENR. (¡Oh! ¡seré duque mañana,
aunque para serlo ahogue
dentro del alma, el recuerdo
de mis perdidos amores!)
NARC. (Voy á ver si los alejo...)
¿No han visto ustedes, señores,
el jardin de este palacio?
CONDE. No tal: ¿habrá muchas flores?
NARC. ¿Flores? ¡qué mal gusto!... Hay zarzas,
y unas ruinas y un monte...
¡Todo á la inglesa, precioso!
Venga usted...
CONDE. Luego...
NARC. (Sacando el reloj.) Las doce
y media... tiempo tenemos,
mientras mi prima se pone
de veinticinco alfileres...
CONDE. ¿Vienes tú? (Á Enrique.)
NARC. ¡Oh! para pintores
está delicioso!
ENR. Gracias:
aunque mala idea forme

usted de mí, no me agradan
las zarzas; sino las flores.

NARC. (¡Y se sienta!) (Se sienta.) No le muevo
de aqui... ¡Phs! ¡me teme el pobre!
Volveré... Á ver si ahora pierdo
en el laberinto al Conde.
(Váse con el Conde por el foro izquierda.)

ESCENA VI.

La DUQUESA, ENRIQUE.

DUQ. (Ya le hice esperar bastante.)
¡Hola, muy tarde ha venido
usted hoy...

ENR. Me he detenido
con el ministro un instante.

DUQ. ¿Con el ministro? ¡Ah!... olvidaba...
¿Y le recibió...

ENR. Muy fino.

DUQ. Mas la plaza...

ENR. ¡Desatino!
para mí no se guardaba.
Ya está dado el nombramiento
á un hijo espúreo de Apeles,
que maneja los pinceles,
sin franqueza, sin talento.
De ver sus cuadros dá hipo:
ni puede ser, si me apura,
pintor de cámara... oscura;
esto es, de daguerreotipo.
¡Pintor de cámara el tal
mamarrachista!

DUQ. Despacio...
Tiene favor?

ENR. En Palacio,
parientes...

DUQ. Es natural.
El mundó, Enrique, es asi:
no basta á veces querer
para llegar á obtener
lo que uno vale por sí.
Sin familia y posicion

poco se puede alcanzar
si no se logra encontrar
poderosa proteccion.

ENR. Ni posicion ni familia
tengo. ¿Quién interesarse
querrá por mí, á no encontrarse
como yo?

DUQ. (Esto es por Cecilia.)
¿En nadie pudo usté hallar
apoyo?

ENR. Si; quizá un dia...

DUQ. Injusto, Enrique, seria
si lo llegase á olvidar.
Es una historia de ayer:
yo fui con usté al ministro,
y solo por tal registro
su cuadro logró vender.
Á interponer mi influencia
pintor de cámara fuera;
pero mi conducta diera
blanco á la maledicencia.
¿Es su hemano? ¿Es su pariente?
—No por cierto, no lo es.
—¿Pues cómo tanto interés...
murmuraria la gente.

ENR. Es verdad.

DUQ. Mi pobre ayuda
por eso á mas no extendí,
Estoy tan expuesta asi,
Enrique, jóven y viuda!
Buscar el apoyo intento
de un hombre... poco me importa
que su fortuna sea corta:
corazon quiero y talento.
Yo en cambio le podré dar
posicion que al mundo asombre,
y al abrigo de mi nombre
todo lo podrá al canzar.
Tiempo ha que el Conde y Narciso
solicitan este enlace;
ninguno me satisface,
mas decidirme es preciso.

Si diera crédito yo
á indicios y simpatias...
Mas son ilusiones mias...

ENR (Por mí es esto.)

DUQ. (Me entendió.)
Hoy término he de poner
á mi viudez importuna:
mi título y mi fortuna
para el mas digno han de ser.
Escribiré á mi notario
para que dentro de una hora
se encuentre aqui sin demora
con todo lo necesario.

ENR. Mas sin eleccion, asi...

DUQ. Usted me aconsejará...
(Á la puerta del gabinete donde está Cecilia.)
¡Hola! ¿Quién traiga no habrá
una escribania aqui?

CECILIA. (Dentro.) Voy, señora.

ENR. Mas no sé
si creer...

DUQ. ¿Que mas me explique?
¡Es usté un ingrato, Enrique!

ENR. Duquesa, me enmendaré.
(La besa la mano al mismo tiempo que aparece Cecilia.)

ESCENA VII.

CECILIA, DICHOS.

CECILIA. Señora, aqui está... ¡Ay de mí!
(Al ver que Enrique besa la mano á la Duquesa, deja Cecilia caer la escribania que sacaba.)

DUQ. Me ha manchado usted la alfombra;
tanta torpeza me asombra.

ENR. (¡Ella!)

DUQ. Salga usted de aqui. (Á Cecilia.)

CECILIA. (¡Asi mi amor ha vendido!
Esta es la máscara aquella.)

ENR. Mas... (Á la Duquesa.)

DUQ. No es nada: una doncella
que hoy en casa he recibido.

ENR. ¡Doncella! (Turbado.)
DUQ. (Le dejé frio.)
ENR. Yo pensé...
DUQ. ¿Usted ha pensado
que yo me he desazonado?
Mil gracias, amigo mio.
CECILIA. (Ni aun me mira... ¡Qué crueldad!)
DUQ. (Darle tregua es necesario.)
Voy á escribir al notario.
(Á Enrique, haciendo al mismo tiempo á Cecilia con ademan imperioso señal de que se aleje.)
CECILIA. ¡Ah! (Váse llorando.)
DUQ. (Venció su vanidad.) (Ap. al irse.)

ESCENA VIII.

ENRIQUE.

Enrique, ¿qué es esto? Dí.
¿No era Cecilia tu amada?¡
¿Y has sufrido que humillada
fuera delante de tí?
Con mi antiguo amor por ella
y mi loca ambicion lucho
cuando á la Duquesa escucho
que era... que era su doncella!
Sufrió de mi amor agravios,
y sin hablar, sin quejarse,
y yo... Pero sentí helarse
las palabras en mis labios.
¡Es tan amante, tan pura
Cecília!... Sé que pudiera,
si á ella ante el altar me uniera,
labrar mi eterna ventura...
Mas la Duquesa diria
á ese mundo en que hoy he entrado:
«¡Pobre Enrique, se ha casado
con una doncella mia!»

ESCENA IX.

NARCISO, ENRIQUE.

NARC. ¡Já, já!... (Entra riendo á carcajadas.)
ENR. (El primo... Si me voy
queda la plaza por suya,
y no habrá en Madrid mañana
quien no sepa la aventura.)
NARC. No se ha perdido usted poco
con no venir...
ENR. No me gustan
los jardines á la inglesa.
NARC. ¡Es que le he jugado una
al Conde!... Hay un laberinto
tal, que es necesaria mucha
práctica para saber
salir; tanta es su espesura.
Entro en él al Conde; en medio
hay un estanque ó laguna
con peces; le acerco á ver
aquella pesca menuda.
Qué lindos, ¿eh? De colores,
le digo, y hay una trucha.
—¿Adónde?—Allí.—No la veo,
no puede ser...—Pues no hay duda:
mire usted bien, abra el ojo...
Y entre tanto que él se ofusca
y dice que no vé nada,
yo me escondo entre unas murtas,
y le grito: amigo Conde,
en pescando usted la trucha
avise usted por telégrama.
Quiere correr en mi busca
y en el césped se resbala,
cae y en poco se desnuca.
Yo, mientras él se levanta,
ligero como una pluma
y en el laberinto práctico,
me escapo, y él queda en suma
como toro, que encerrado

dá vueltas, patea y bufa.
Vaya usté á verle y reirá.

ENR. Gracias.

NARC. (No le mueve una
locomotora de aqui.
¡Diantre!)

ENR. (¡Este necio me abruma!)

ESCENA X.

EI CONDE, DICHOS.

CONDE. (Entrando muy sofocado.)
¡Amiguito, vaya un chiste!
¿Quiere usted una aleluya
por la gracia? Puede usted
despedir al ayo: ¡es mucha
precocidad!

NARC. No se enfade...
Fué una broma...

CONDE. ¡Inoportuna!
De aquellas estrechas sendas
perdido por la espesura,
dí vueltas, hasta que al fin...

NARC. Pues tuvo usted la fortuna
de encontrar con la salida,
por casualidad sin duda,
que si no... ¡Ah! se me olvidaba:
¿logró usted coger la trucha?

CONDE. Si, no fué mala entruchada...
(Haciendo ademan de caer.)

NARC. ¡Ya lo ví: liebre, y mayúscula!

ESCENA XX.

La DUQUESA, DICHOS.

DUQ. (Saliendo con un papel en la mano.)
La carta escribí al notario:
mandaré al punto con ella...
Señores... (Saludando.)

NARC. Mi prima bella

necesita un secretario?

CONDE. ¿Uno? Hasta tres tiene aqui.

DUQ. ¿Tres? Casi los del Congreso.
Tantos ya fuera un exceso.
basta uno.

NARC. (Contoneándose.) ¿Verdad que si?

CONDE. Pues puede usted escoger...

NARC. Para secretos, prometo...

CONDE. ¿Pues y yo? Soy tan secreto...

ENR. (Qué cara van á poner.)

DUQ. Gracias por tanto favor;
mas el pliego escrito está:
secretario sobra ya;
correo será mejor.

NARC. ¿Correo? el Conde, que es listo,
como que ha cogido ahí fuera
una liebre á la carrera.
¡Prima, si le hubieras visto!

CONDE. ¡Qué gracia!

DUQ. No es menester...
Ambrosio irá en un instante,
que es asunto interesante

CONDE. Y ¿no podremos saber...

DUQ. ¿Por qué no? Si pronto acaso
todo Madrid lo sabrá...

NARC. ¿Todo Madrid?

CONDE. ¿Qué será?

DUQ. No adivinan? Pues... me caso.

NARC. ¡Hola!

CONDE. ¿Y quién es el dichoso?

DUQ. ¡Oh! quizá me escucha ahora.
(El Conde y Narciso se vuelven involuntariamente á mirar á Enrique.)

ENR. (Me miran.)

NARC. Prima... (Con recelo.)

CONDE. (Lo mismo.) Señora.
(Ap. Narciso.)
Creo que hacemos el oso.

ESCENA XII.

CECILIA, DOÑA DAMIANA, AMBROSIO, DICHOS.

Ambrosio aparece en la puerta del foro tratando de impedir la entrada á Doña Damiana. Cecilia quiere llevarse á su madre.

CECILIA. Mamá...
DAM. Digo que he de entrar.
AMB. No se puede entrar ahora:
avisaré á la señora...
DAM. Pues qué, ¿no he de recobrar
las pruebas de mis blasones
que dejé...
AMB. Pasar no quiera...
DAM. Aunque el paso defendiera
otro Suero de Quiñones.
(Empujando á Ambrosio y entrando.)
DUQ. ¿Qué ruido es ese?
AMB. Yo... si...
DUQ. (¡Otra vez la advenediza!...)
CONDE. ¡Calla! ¡es mi prima postiza!
NARC. La niña del baile aqui...
CECILIA. Prudencia, mamá, por Dios,
que nunca aqui entrar debimos.
DAM. Mis papeles, y salimos.
DUQ. ¿Qué buscan aqui las dos?
NARC. Yo lo diré. Es parentela
del Conde. (Asi le echo á pique.)
CONDE. ¡Es falso!
CECILIA. (¡Y está aqui Enrique!)
NARC. Pues qué ¿no es prima?
CONDE. Ni abuela.
Agradezco la intencion.
Pero muy bien sabe que
vendrá acaso por usté.
CECILIA. ¡Dios mio, qué humillacion!
DUQ. No hay que disputar en vano:
veo que ninguno acierta.
(Á Enrique en voz baja.)
Póngala usted á la puerta,

Enrique, y esta es mi mano.

ENR. ¿Yo? (Lo mismo.)

DUQ. (Bien: es mucho exigir:
yo lo haré ...) Esta niña bella...

ENR. (¡Vá á decir que es su doncella!)

DUQ. Ha hecho muy bien en venir;
que nunca yo acostumbré
á quien mi casa pisó
dejarle ir sin...
(Echando mano al bolsillo.)

DAM. ¿Qué dice?

CECILIA. ¡Oh!

ENR. Señora, yo acabaré.
(Interponiéndose y cortando la palabra á la Duquesa.)
Iba usted diciendo ahora
que aunque ha poco conocia
á esta jóven, no queria
dejarla ir... ¿verdad, señora?
sin una prueba...

DUQ. Es verdad.
(Triunfé: él mismo...)

ENR. (Ap. á la Duquesa.) ¿Su salario,
no es eso?

DUQ. (En alta voz.) Si; es necesario
pagarla...

ENR. ¡Cuánta bondad!
¿La visita? ¡Por mi vida!
tiempo habrá... Y tantos favores
no son nada mas, señores,
que... porque es mi prometida.
(Con dignidad, cogiendo de la mano á Cecilia.)

TODOS. ¿Qué? (Con asombro.)

ENR. Mi prometida, si;
con quien me voy á casar.
(Abrazando á Doña Damiana.)
Mi madre á quien han de honrar
todos tanto como á mí.

CECILIA. ¡Enrique!

ENR. Tu afan prolijo
cese...

DAM. ¡Mas no pudo hacer!

¡Noble jóven! con placer
le daré el nombre de hijo.

DUQ. (Siento á mi rostro subir
mi despecho y mi rubor,
mas si muestro mi furor
daré á todos que reir.

CONDE. ¡Qué maraña!

NARC. ¿Quién creyera...

DUQ. Doy á usted mi parabien
(Á Enrique con ironia.)
por la eleccion!

NARC. Yo tambien.

CONDE. Y yo...

ENR. Elegí de manera
que plácemes sin temor
puedo admitir, pues la adoro,
y es de virtud un tesoro
y es un tesoro de amor...

DUQ. Es cierto; yo todavia
aun decidida no estoy.

CONDE. ¿Y por qué cuando yo soy...
Conoce usted mi hidalguia?
nadie habrá que dudar pueda...

AMB. (Si del mote me acordara...)
(Que durante esta esta escena ha venido á colocarse detrás del Conde, al que no pierde de vista.)

CONDE. Es de nobleza preclarà
(Pavoneándose.)
el blason de Cereceda.

AMB. ¡Ya le tengo!... ¡Cerècillo!

CONDE. ¿Quién me llama?
(Volviéndose involuntariamente)

AMB. (Con familiaridad.) ¡Voto á San!
Ambrosio, acuérdate, Juan,
con quien fuiste monaguillo.
Te conocí en la cabeza,
Juan...

CONDE. Es error... (Queriendo desentenderse.)

AMB. ¡No hay error!
Alias *Cerecillo*, por
hijo de la tia Cereza.

DUQ. ¿Qué es esto?

CONDE. (Turbado.) No sé, un ardid...
un error... Que diga Enrique...
ENR. Todo es cierto.
CONDE. (Fuíme á pique.)
Vuelvo... (No paro en Madrid.)
(Váse y Ambrosio tras él.)

ESCENA ÚLTIMA.

CECILIA, la DUQUESA, DOÑA DAMIANA, ENRIQUE, NARCISO.

NARC. ¡Já!... ¡Já!... ¡Vaya un badulaque!
Y ahora supongo, primita,
que nadie habrá que compita
con un pollo de este empaque.
ENR. No sé si aqui estaba bien
(Con intencion á la Duquesa.)
dar á usted el parabien.
DUQ. (¡Y yo devoro este ultraje!)
pues qué, ¿pudo usted pensar...
Puse las miras mas altas...
Narciso... (Llamándole.)
NARC. (¿Yo suplefaltas?
Chasco te vas á llevar.)
DUQ. Tú sabrás bien, es seguro,
adivinar mi eleccion.
NARC. ¿Yo? No: fuera indiscrecion...
Ya veré al primo futuro.
Y yo tambien si algun dia...
Mas no me tienta el demonio
aun; para el matrimonio
soy muy pollo todavia.
DUQ. (¡Necio!) Bien, si, ya sabrás...
(Disimulan lo.)
ya mi eleccion te diré...
Nunca me rebajaré
como otros... (Mirando á Enrique.)
DAM ¡No aguanto mas!
Si lo dice, como creo,
por nosotras, aqui estan
mis pruebas; ellas dirán...
(Enseñando sus papeles, que ha recogido de la mesa donde los dejó. Narciso se los toma de la mano.)

NARC. Á ver, á ver... ¡Oh! ¿qué leo?
Pues como el papel no mienta...
Sí, si... No es presuncion vana...
Esta niña, aunque lejana,
Duquesa, es nuestra parienta.

DAM. ¡La que yo busqué hasta ahora!

DUQ. ¿Parienta? Tengo un placer...
Si de algo puedo valer...

DAM. ¡Oh! muchas gracias, señora. (Con despego.)

CECILIA. Al ver perdido su amor (Por Enrique.)
me hubiera muerto el pesar:
amante le vuelvó á hallar;
no aspiro á dicha mayor.

ENR. Ya nunca verás, bien mio,
que de tí errores me alejan:
corrí tras sueños que dejan
siempre en el alma un vacio.
La vanidad me impelia
en su loco torbellino,
ocultándome el camino
que á mi dicha conducia.
¿Qué mucho, si no hay tal vez
quien con lágrimas y duelo
no rinda culto en el suelo
á esa que con altivez
le paga y desden profundo,
á esa tirana deidad
que se llama vanidad
y es hoy la reina del mundo?

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 6 *de Setiembre de* 1862.

El censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL AMOR Y EL AMOR PROPIO,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO, ORIGINAL DE DON JOSÉ MARIA DE LARREA.

Versos que se varian al final de la obra.

La vanidad me impelia
en su loco torbellino,
ocultándome el camino
que á mi dicha conducia.
Mas ya puedes sin temor
en mi cariño fiar,
que no volveré á arriesgar
por mi amor propio tu amor!

Este título y variacion corresponde á la comedia que con el título de *La reina del mundo* fué aprobada en 6 de Setiembre.

No hallo inconveniente alguno en la adicion de estos versos.
Madrid 16 *de Noviembre de* 1862.

Elcensor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

laria.
1818.
ista de pájaro.
e hojuelas.

anco.
se entiende, ó un hom-
lo.
ontra nobleza.
o oro lo que reluce.

de enmienda.
io revuelto.
por él.
das las de honor, ó el
o del Cid.
rta del jardin.
caballero es D. Dinero.
eniales.
castigo, ó la conquis-
onda.

ido al Coronell...
cho abarca.
te la mia!
el autor?

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato áquemaropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Medoro.
buena ley.
is feo.

la Gitana.
Marte.
lora.

ndo.
iquita.
nto, ó el Alcalde pro-

ler.
no.
de una ópera.
o y la maja.
del hortelano.
y en Marruecos.
la ratonera.
mono.
e carnaval.
drama lírico.)
n de la Rioja (*Música*)
de de Letorieres.

El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diablo.

Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera (*Música*)
La toma de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*).

Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal para cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

ccion de El Teatro se halla establecida en Madrid, calle del Pez, núm. 40, undo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Libreria de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra	Robles.
Albacete	Perez.
Alcoy	Martí.
Algeciras	Almenara.
Alicante	Ibarra.
Almeria	Alvarez.
Avila	Lopez.
Badajoz	Ordoñez.
Barcelona	Sucesor de Mayol.
Idem	Cerdá.
Bejar	Coron.
Bilbao	Astuy.
Burgos	Hervias.
Cáceres	Valiente.
Cádiz	Verdugo Morillas y compañia.
Cartagena	Muñoz Garcia.
Castellon	Perales.
Ceuta	Molina.
Ciudad-Real	Arellano.
Ciudad-Rodrigo	Tejeda.
Córdoba	Lozano.
Coruña	Lago.
Cuenca	Mariana.
Ecija	Giuli.
Ferrol	Taxonera.
Figueras	Bosch.
Gerona	Dorca.
Gijon	Crespo y Cruz.
Granada	Zamora.
Guadalajara	Oñana.
Habana	Charlain y Fernz.
Haro	Quintana.
Huelva	Osorno.
Huesca	Guillen.
I. de Puerto-Rico	José Mestre.
Jaen	Idalgo.
Jerez	Alvarez.
Leon	Viuda de Miñon.
Lérida	Sol.
Logroño	Verdejo.
Lorca	Gomez.
Lucena	Cabeza.
Lugo	Viuda de Pujol.
Mahon	Vinent.
Málaga	Taboadela.
Idem	Moya.
Mataró	Clavel.
Murcía	Hered. de Andrio
Orense	Robles.
Orihuela	Berruezo.
Osuna	Montero.
Oviedo	Martinez.
Palencia	Gutierrez é hijo
Palma	Gelabert.
Pamplona	Barrena.
Pontevedra	Verea y Vila.
Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Reus	Prius.
Ronda	Gutierrez.
Salamanca	Huebra.
San Fernando	Martinez.
Sanlúcar	Esper.
Sta. C. de Tenerife	Power.
Santander	Hernandez.
Santiago	Escribano.
San Sebastian	Garralda.
Segorbe	Mengol.
Segovia	Salcedo.
Sevilla	Alvarez y Comp.
Soria	Rioja.
Talavera	Castro.
Tarragona	Font.
Teruel	Baquedano.
Toledo	Hernandez.
Toro	Tejedor.
Valencia	Mariana y Sanz.
Valladolid	H. de Rodriguez.
Vigo	Fernandez Dios.
Villan.ª y Geltrú	Creus.
Vitoria	Illana.
Ubeda	Bengoa.
Zamora	Fuertes.
Zaragoza	Lac.